

MUSEO UNIVERSAL,

PERIODICO

DE CIENCIAS, ARTES, LITERATURA, INDUSTRIA Y CONOCIMIENTOS ÚTILES.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.
EN MADRID.—Un año 25 pesetas; seis meses 15; tres meses 7.—Números sueltos una peseta.—EN PROVINCIAS.—Un año 28 pesetas; seis meses 15; tres meses 8.—PORTUGAL.—Un año 5,640 reis; seis meses 3,290; tres meses 1,800.—EXTRANJERO.—Un año 35 francos; seis meses 18; tres meses 10.

AÑO XIV.—NÚM. 6.°
Marzo 10 de 1870.

Editor y director D. Abelardo de Cárlos.
ADMINISTRACION CALLE DEL ARENAL, 16, LIBRERIA, MADRID.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.
HABANA Y PUERTO RICO.—Un año ps. fs. 7,50; seis meses 4,50.—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.—FILIPINAS Y DEMAS AMERICAS.—Un año ps. fs. 10; seis meses 6;—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.

SUMARIO.

CRONICA.

Un acontecimiento.—Efectos que produce la política por ser femenina.—Los radicales y los templos.—Escenas cómico-dramáticas en la Asamblea.—Las elecciones y los pueblos.—Burlas que pueden costar caras.—Sucesos varios.—La fiesta del veloz-club.—Sainete.—Una triste posdata.

El gran acontecimiento que ha preocupado á los políticos y á los curiosos es la llegada á Madrid del señor duque de Montpensier.

¡Cosa estraña! en una época de libertad hay quien cree que se ha debido prohibir al duque permanecer en esta que fue córte y hoy no sabemos lo que es.

Con este motivo se ha hablado en todos los tonos de la posibilidad de un golpe de Estado, y ha habido familias enteras que se han acostado creyendo hallar al levantarse convertido á Madrid en la capital de una monarquía y entronizada en España la rama de Orleans.



DON JOSÉ EMILIO SANTOS.

El tiempo, ese viejo ladino que sabe todo lo que va á pasar, que lee en las todavía blancas hojas de su libro, la suerte que aguarda á nuestra nacion, debe reirse mucho de los cálculos de unos y los temores de otros.

Quisiera ser amigo suyo para que me contase en confianza los sucesos que irán poco á poco pasando á la categoría de efemérides: en la imposibilidad de obtener esta gracia que ni siquiera pueden otorgarme los generosos ministros de Estado de la Revolucion, tengo que conformarme con distraer á mis lectores paseándolos alrededor de los sucesos pasados.

Apenas llegó á Madrid el duque de Montpensier, y se instaló en el lindo hotel de la calle de Fuencarral, se convirtió la calle de este nombre en diario paseo de los curiosos desocupados.

La política, acordándose de su sexo, no se ocupó en otra cosa que en inspeccionar los actos del huésped.

—Ha ido á casa de Prim, y Prim no estaba en casa.

—¡Buena señal! decian unos.

—¡Mala señal! murmuraban otros.

—«Todo hace creer, añadia la política, que un dia de estos será proclamado rey de España don Antonio de Orleans.

Los diputados interpelan al jefe del Gobierno: éste al hablar, nombra al duque de Montpensier don Antonio de Borbon.

—¡Sublime! esclaman los adversarios de esta candidatura, ¡le ha llamado Borbon!

Pero en el estracto de la sesion aparece sustituido el apellido Borbon por el de Orleans: alegría de los amigos del duque y desencanto

e los que no le quieren como monarca para España.

¡Cualquiera al oir esto pensaria que se trataba de unos niños que por entretener sus ócios jugaban á la política! Pues no señor, es la política que juega con unos niños grandes.

Y siguiendo el ejemplo los curiosos y los desocupados, que son muchos en España por aficion, y en el dia por necesidad, han convertido los alrededores del palacio del duque en punto de parada.

Allí acuden á verle salir y entrar, como hacian antes con doña Isabel de Borbon y sus hijos; allí comentan todo lo que oyen; si ven los balcones cerrados es que aun duerme, si están abiertos es que ha madrugado; cuando sale le observan:

—Hoy está de mal humor, dice uno.

—No lo crea usted, salia sonriéndose, esclama otro.

—Debe haber pasado mala noche.

—¡Está muy grueso!

—Le han sentado bien los baños.

—Se va por la calle de San Mateo.

—Irá al palacio de Buena-vista.

—No, sigue hasta la Red de San Luis.

—Entonces va á visitar al regente.

Estas y otras conversaciones parecidas ocupan á los desocupados madrileños.

¡Pues y los pobres! Con mil duros diarios apenas lograria consolar á los que acuden á contarle sus cuitas y á pedirle socorro.

Yo he leido un cuento en el que figuraba un personaje que poseia un anillo milagroso. Apenas le colocaba en su dedo se hacia invisible, pero podia ver y oir á los que le rodeaban.

¡Qué fortuna para el duque y para todos los que se encuentran en su caso si poseyeran una sortija de esta especie!

Pero no, sufririan mucho más de lo que hoy sufren, siendo visibles: entonces podrian sorprender á sus partidarios, *á sus aduladores en los momentos de espansion en que creyéndose solos* calculan y se hacen codiciosas ilusiones, entonces verian que por regla general el egoismo es el móvil de los entusiasmos y de los sacrificios que se hacen por los llamados á regir los destinos de los pueblos.

Como si las pasiones que enciende la política no fueran bastante, muéstrase no sólo en España, sino en Europa, un decidido empeño de convertir tambien en pasiones y pasiones desencadenadas los sentimientos religiosos.

Los amigos de la revolucion, en cuyo seno vivimos, tienen marcada antipatía al clero, y parecen gozarse en la destruccion de iglesias y conventos.

Preciso es confesar que alguna que otra vez incurren en exageraciones los que debian darnos ejemplos de virtudes cristianas; pero el medio de corregir estos abusos no es atacar á la religion, ensañarse con sus ministros y aplicar á los templos la piqueta demoledora.

Y sin embargo, los radicales truenan contra los curas, piden una severidad estraordinaria contra los obispos, y se irritan cuando alguna influencia se opone á su afan de demoler templos.

Dos ó tres episodios puedo recordar que ponen en evidencia esta manía.

Conducido á Madrid el obispo de Osma entre guardias civiles, no por ser criminal, sino por haberse negado á recibir una notificacion; el jefe de la escolta trata al prelado con los mayores miramientos: la autoridad de Madrid le recibe de sus manos, le hace subir á un coche de alquiler y le incomunica en el colegio de San Anton.

Quéjanse los diputados tradicionalistas, y muchos individuos de la Cámara lamentan que el Gobierno no haya dado á Madrid el espectáculo de un obispo conducido al Saladero por las calles y con los codos atados como un prófugo, un ladron de cuadrilla ó un asesino.

A esta cuestion sucede la del convento de las Calatravas.

La iglesia y el convento de esta órden, embellecen la calle de Alcalá; algunos diputados desean que se conserve, millares *de vecinos de la ex-córte, firman una esposicion pidiendo* que se deje en paz á las monjas.

El gobierno transige:

—La iglesia permanecerá abierta al culto, dice el ministro de Hacienda, pero el convento quedará reducido á escombros.

Y en plena Cámara se divide la mayoría:

—La iglesia caerá tambien, dicen unos.

—No caerá, esclaman otros.

—Si.

—No.

—Si...

Y ¡lo que es la pasion política combinada con la primavera! esta cuestion llega á punto de convertirse en manzana de la discordia.

Por fortuna algunos refrescos oportunamente administrados calmaron la fogosidad de los que querian que cayera la iglesia y la cosa quedó así.

Al mismo tiempo se han permitido el miércoles de Ceniza en Madrid y en Tortosa escenas que hablan poco en favor de la cultura.

Aquí se han ridiculizado de una manera indigna las ceremonias de los entierros que usa el catolicismo: en Tortosa se ha permitido la parodia del entierro de un príncipe que tiene partidarios respetables.

Si las ceremonias del protestantismo, si las prácticas de los israelitas se hubieran puesto en caricatura, no habrian faltado interpelaciones.

¡Hay libertad! hubiera contestado el Gobierno.

Pero la libertad no es la barbarie, y un pueblo civilizado no puede ni debe consentir que la religion sea ultrajada de una manera tan salvaje.

¡Cuánto más grandioso y plausible seria ver á la Cámara condenar los abusos de los que confunden la licencia con la libertad!

Bien es verdad que la Cámara, escitada por las diarias cuestiones personales que alteran su bilis, no puede tener esa serenidad augusta, necesaria para sobreponerse á las pasiones.

Tiempo vendrá en que al volver la vista á su punto de partida, contemple lo que ha podido hacer y lo que no ha hecho.

Las últimas elecciones han acibarado los ódios de los pueblos que han tenido que designar representantes.

En Calatayud, en Segovia, en algunos pueblos de Ciudad-Real, se ha empleado la fuerza, ha habido muertos y heridos.

En cambio en Madrid tenemos ocasion de divertirnos á todas horas.

Prescindamos de los teatros, que están desanimados, de *los conciertos y demás distracciones que la especulacion* ofrece al público: sin sacrificios pecuniarios directos puede el desocupado madrileño entretener sus ócios.

En una tienda de la calle de Carretas, por ejemplo, puede pasar un rato divertido.

En ella encontrará un sólio en toda regla, y sentado en él con todos los atributos de la magestad, al llamado Angel I, especie de tonto que sabe vivir sin trabajar, el cual desempeña por un tanto al dia el papel de rey burlesco de los españoles.

Para verle con el cetro y la corona y oir su programa, es necesario entrar en la tienda y comprar algo.

Esta parodia, que hace reir como otras muchas que vemos á todas horas, puede costar cara á los que sin conciencia de sus ideas desprestigian hoy su única salvacion de mañana.

Debo sin embargo decir en honor de la verdad, que e burlesco programa del rey de la camisería de la calle de Carretas tiene frases intencionadas, alusiones que prueban que el que lo ha reductado no es novicio en el arte de manejar la sátira.

«La libertad, hace decir á Angel I, me ha acogido bajo su manto *impermeable*.»

Y añade á renglon seguido:

«Viéndome apurado pensé contratar un empréstito; pero la voz de mi conciencia me dijo: ¡JAMÁS! ¡JAMÁS! ¡JAMÁS!

Anúnciase una manifestacion del sexo femenino contra las quintas y otra de los obreros para pedir trabajo.

Esto coincide con unas carreras de velocipedos proyectadas para el domingo 13.

Lamentan los que anhelan ver que España erige un palacio para albergar en él las riquezas artísticas y literarias que encierran la Biblioteca Nacional y los Museos de Madrid, que las Córtes hayan autorizado la venta de los terrenos destinados á este suntuoso y necesario edificio desde hace muchos años.

Laméntanse tambien de esta determinacion los que saben que se han gastado mas de 8.000,000 en aquellos terrenos, *cantidad inútil y estéril si se procede á su venta.*

Hay fundadas esperanzas de que el ministro de Fomento no hará uso de la autorizacion, y de que andando el tiempo eclipsará un palacio para las letras y las artes en Recoletos, otro palacio erigido en honor de la pintura en tiempos más calamitosos aun que los presentes.

La imaginacion, que es audaz é irreverente, trae á mi memoria una pregunta que no puedo menos de formular.

Si los terrenos destinados á Biblioteca y Museos se vendiesen, ¿qué suerte cabria á aquella caja que con monedas, papeles, etc., se incluyó en la primera piedra, que dió lugar una gran ceremonia?

Con una pala de plata, echó tierra sobre aquella primera piedra la señora que entonces era reina de España, y no sé qué seria de esta piedra si se renunciase al proyecto que la valió la honra de hacer trabajar á una soberana.

Pero en fin, si esta primera piedra perdiese su carácter histórico, y el porvenir que le está reservado en los futuros siglos, podria quejarse de la piqueta revolucionaria y punto concluido.

Esto nada tiene de estraño; lo que sí es sorprendente que otra primera piedra que con no menos solemnidad se colocó despues de la revolucion, permanezca solitaria y abandonada.

Este órden de ideas me conduce á pesar mio á los subterráneos de San Francisco el Grande, en donde las cenizas de muchos hombres ilustres, que por haber tomado parte en una vistosa procesion se habian hecho ilusiones, aguardan con ánsia un cacareado Panteon Nacional que se ha perdido en los abismos de la política contemporánea.

Aquellos restos murmuran que es un gusto del señor Ruiz Zorrilla; y se quejan como los vivos de la interinidad en que yacen.

Los infelices no conocen que aunque muertos son un ejemplo viviente del carácter español.

Un ministro tuvo la feliz idea de consagrar un Panteon á los hombres célebres de España, y halló un eficaz auxiliar en un ilustrado individuo del Ayuntamiento.

En breves dias viajaron en ferro-carril unos cuantos personajes que no pudieron en vida ni aun soñar que la posteridad les reservaba esta sorpresa.

Hubo una procesion ¿se acuerdan ustedes? Todo Madrid se achicharró por asistir á ella; no sé si fue mi amigo Marraci quien la organizó, pero la verdad es que ni en la Gran Opera de Paris se combinan los grupos mejor para las procesiones, marchas y demás aparatos escénicos.

Lucian unos bandas y condecoraciones, otros uniformes vistosos... y poco despues el ministro cambió de cartera, el concejal se convirtió en embajador y los ilustres muertos permanecieron silenciosos en los subterráneos de San Francisco.

Que ellos callasen lo comprendo; pero que los literatos, los arquitectos, los militares, los médicos, etc., no hayan vuelto á acordarse de sus gloriosos antecesores; que las provincias que en aras de la patria renunciaron á conservar á sus hijos célebres, no hayan reclamado, que España haya olvidado el Panteon: esto es lo incomprensible.

Digo no, esto es lo natural dado nuestro carácter tan veleidoso como olvidadizo.

Siempre que veo juntas la política y la religion presiento grandes desdichas. Confiemos en que un espíritu conciliador evitará las calamidades que podrian surgir de un cisma ó de la intervencion de los gobiernos en los acuerdos de la Iglesia católica.

Mientras estas cosas suceden en España ocurren otras más trascendentales en el laboratorio de la política europea.

La actitud del gobierno francés respecto del Concilio empieza á inspirar sérios temores.

No menos desdichado, aunque no tan trascendental es el espectáculo que está dando en París la familia real de España destronada por la Revolucion de setiembre.

Las desventuras debieran aconsejar á los reales esposos *mayor circunspeccion*: si no renuncian á las luchas domésticas, justificarán á los ojos del mundo el despojo de que han sido víctimas.

El retraso involuntario con que sale esta revista me proporciona ocasion de lamentar el desdichado desenlace del drama que ha preocupado y preocupa estos dias el ánimo de todos los españoles.

Nadie ignora ya que una enemistad antigua, exacerbada con un imprudente manifiesto ha puesto frente á frente en el llamado campo del honor al duque de Montpensier y al infante don Enrique.

De este duelo han resultado dos víctimas; el infante sucumbió, pero su adversario, al parecer más afortunado, tendrá siempre inmensa pena.

Triste espectáculo nos dan de cuando en cuando en nom*bre del honor, los que podrian muy fácilmente modificar* una ley absurda siempre, pero más escusable en la edad media que en los tiempos á que hemos llegado.

Las complicaciones que este suceso trae á la política española son incalculables. ¡Cuántos desaciertos, cuántas imprudencias se cometen!

Para terminar esta crónica y poner de mejor humor á los lectores voy á recordarles que estos dias se ha empezado á vender en las calles *El Sentido Comun*.

Estamos de enhorabuena, sobre todo si al ver su baratura hacen las gentes buen acopio de este artículo de primera necesidad.

JULIO NOMBELA.

EPISODIOS Y PAISAJES.

EQUINOCCIO DE MARZO.

I.

Faltaban pocas *horas* para el combate: unos soldados caminaban hácia Santander, otros se atropaban á defenderles la entrada y era inevitable el choque. En otra ocasion diré la triste jornada, el fratricida encuentro, la sangre inútil y torpemente vertida. ¡Qué ambiente empapado en ira y miedo se respiraba dentro de mi afligida patria! ¡cómo latian los pulsos, cómo palidecian las frentes! ¡cuánta voz generosa no escuchada *ni oida*! ¡cuánto menguado intento servido! ¡qué de valor sano, oculto é inerte en los pechos! ¡qué de mentida audacia prepotente y voceadora! ¡cuánta miseria triunfante, causa no castigada de dolores y lágrimas sin cuento!

Soplaba el Sur y el mar hervia: fondeada frente al muelle una goleta de vapor, largó en popa el pabellon de guerra, se mecia y cabeceaba sobre su cadena, como lebrel atado é impaciente; escapábasele el fogoso resuello en blancos penachos de humo que el viento deshilaba y sorbia.—Barrido por el viento y el espanto parecia el muelle desierto y limpio; las vidrieras sonaban estremecidas; la idea de que encerrados tras de ellas habia quizás ojos que inquietos espiaban al buque amenazado por la mar acaso, acaso por la guerra, me trajo súbitamente á la memoria la imágen de otro barco que desde igual paraje entre amagos de tormenta partió, muchos años hace, llevándose á bordo lo mejor de una alma, que esta alma no habia de recobrar jamás.

Historia añeja, *juveniles melancolías que* axaltaban el espíritu en medio de los aprestos bélicos, ocasionadas á enervarle cuando mas necesitado parecia de varonil firmeza; y que amansaban por el contrario su altiva cólera, imprimiendo en todo, hombres y cosas, objetos y criaturas cierta misteriosa tinta y amortiguando la odiosa mancha impresa sobre la frente del rebelde dejaba en ella el solemne prestigio de *los resignados* á morir.

II.

De goleta era tambien el aparejo de estotro barco, goleta de dos palos, no de estas que disimulando á la vista el artificio y motor que las empuja tienen en su marcha tranquila algo de falso y alevoso, era una goleta franca velera, fina de tajamar, recogida de codaste, alta de cruz, suelta de guinda; de aquellas, en fin, que largando todo su trapo en una bolina, parecian á lo lejos un copo de espuma barrido por el viento sobre el azul cristal de las aguas.—Llamábanla con el glorioso nombre de un navegante ilustre ó de un soldado, que ahora no recuerdo, Grijalva, Alvarez ú Ojeada, sea Grijalva; generosa costumbre de la marina española bautizar sus bajeles por tan heróico modo, dándoles paladion seguro en el apellido y la memoria de un héroe. ¡Cuándo arriará su bandera en combate un *Churruca!* ¡Cuándo cejará receloso ante costas bravias é *inesploradas* un *Balboa*! ¡*Cuándo será asilo* de traiciones y felonías un *Mendez-Nuñez*!

Lista para levar estaba la *Grijalva*, aferradas las gavias, trincada la artillería, colgados los botes, á escepcion del chinchorro que arrimado á la Rampa larga botaba sobre la marejada en espera de alguien.—Era á la sazon el equinoccio de Marzo, y el dia, uno de estos en que el cielo, cubierto y oscuro, desdeñoso de la sierra ó airado con *ella*, parece decir á los hombres: «no os arrojeis á empresas de peligro, no »provoqueis las recónditas iras de la naturaleza, no desafieis »sus fuerzas inmensurables y misteriosas, porque estareis »solos en la contienda: escondo mis luces para que no sean »pretexto á temeridades vuestras, nublo mi serenidad sublime, porque no fieis de encontrar en ella la que necesitareis »en apuros solicitados por vuestra ambicion ó vuestra soberbia; no me pidais guia, ni consejo, auxilio ni esperanza: »aquí está el límite de vuestro poder, poned freno á vuestro »deseo.»

Dóciles al imaginado aviso los caracteres blandos y sencillos se retraen de obrar, recogiéndose en íntimas contemplaciones; mas los enérgicos y aventurados, inaccesibles ó superiores á tales presentimientos y terrores, ván sin flaqueza, sin incertidumbre al término á donde su deber les llama, ó acaso más noble y desinteresado estímulo.

Por esto la mujer supone que los halagos de la *gloria* curten y encallecen el corazon del hombre, y le acusa de duro y sordo á todo dulce sentimiento, cuando la vertiginosa voz de afamados peligros llega á estremecer lo más hondo de sus entrañas.

Puestos al balcon de una casa, á espaldas del muelle, apuraban este asunto en interesante diálogo, una gallarda doncella y un oficial de *marina.—Ya no se vé desde allí*, como entonces se veia, *el lejano arenal de las Quebrantas* al pie de la sierra de Galizano, cubierto por las olas que entran desde el Océano, y repelidas por la arena, tuercen y se arrojan á llenar la bahía, lamiendo cansadas y vencidas los pies de la batería de San Martin y la peñascosa ribera de Molnedo.

Fijos los ojos en el siniestro banco, tumba de tantas vidas, envuelto en la bruma de la rompiente, decia la muchacha:

—¡Mira qué mar hay! ¿Por qué quieres salir, si no es obligacion tuya? Si lo fuese, yo misma te animaria á obedecerla: bien sé que para los hombres todas las obligaciones van antes que las del cariño... pero hoy, no sé lo que siento; me llora el corazon al pensar en tu partida.

—¿No sabes,—respondió el mancebo,—lo que dice la ordenanza?

—Ni me importa saberlo: sé que no te manda embarcarte como lo vas á hacer, y esto me basta.

—*Pues dice la ordenanza*,—continuó el marino con cierta sorna aparente, pero con voz mal segura,—que el oficial español que se contenta con cumplir estrictamente su deber y nada más que su deber, sea tenido por poco apto y merecedor de la honra de servir con las armas á S. M.

—La ordenanza sabrá mandar, pero no sabe querer.

—No seas niña: hay órden de que salga la goleta á cruzar sobre Machichaco, *el comandante va solo*, su *alférez está* con licencia; como oficial y como amigo he debido ofrecerme. el brigadier ha aceptado y no puedo volverme atrás.

Empañada y triste se clavó la mirada de la doncella en la del oficial, su alma no tenia fuerzas contra la voz resuelta que la estaba hablando; acostumbrada á plegarse á la voluntad amada, cedia gustosa y sin imaginar nunca que aquella voluntad pudiese querer cosa contraria al bien y á la justicia. Su corazon aceptó la pena; mas abriendo las alas para buscar el regazo consolador de la esperanza.

—¿Tardareis en volver? dijo.

—Apenas tres ó cuatro dias de mar; salimos hoy martes, el domingo fondeamos frente al Suizo, y á la noche te encuentro en casa de Lopez y bailamos el primer wals.

—¿Durará este tiempo?

—No lo creo; y además, ya me conocen los rociones y los chubascos.

—¡*Vuelve pronto, por Dios*! ¿*volverás*?

Del aposento á que daba luz el balcon salieron voces:

—Señoritos, adentro, que hay mucha humedad.

Y se cortó el coloquio, no sin que furtivamente se estrechasen la mano ambos amantes. Aun no habia llegado á nuestras provincias la moda que autoriza entre estraños de distinto sexo esa pública demostracion de franqueza y de *cariño*.

III.

Durante los siguientes dias no se dejó ver el sol, por más que con ánsia febril lo invocaba una alma apasionada, hecha á regocijarse con ver desde la orilla los limpios destellos *arrancados por su luz meridiana á la bitácora* y la colisa de un barco de guerra.

El tiempo era seco y duro; la ira del cielo como toda ira calma luego cuando se resuelve en lágrimas, mas el cielo persistia implacable sin desarrugar su ceño.

No á todos acongojaba la sequía: complacíanse en ella los aficionados á paseo, á quienes sobrados dias confina la lluvia dentro del cerrado claustro de la catedral.

Subian ahora á las alamedas del alba, prudentemente provistos de sendos paraguas, y dando la espalda al Noroeste, hacian su jornada, parándose á trechos, cortando la conversacion para interrogar el horizonte y pronosticar del tiempo y de la mar, consultando la rompiente de Cabomenor.

Sábado por la tarde llegaban algunos de ellos á la atalaya:—el mastelero ocioso y calado para resistir con ventaja las sacudidas del viento vibraba y se estremecia; las drizas silbaban cortando las furiosas ráfagas, á compás que los paseantes echaban mano á sujetar su sombrero.—Inútil rama de tronco muerto parecia aquel mástil que en tiempos bonancibles habla la alegre lengua de sus banderas á los escritorios de la ciudad, y apresura ó tuerce el paso del corredor, precipita negocios, ataja transacciones, á unos regocija, á otros apesara, y es parte activa en la vida mercantil, *en sus cálculos y en sus pasiones.—Cuando embravecida la costa ahuyenta los buques*, y si alguno pasa, corriendo el temporal, va invisible, envuelto en la espesa niebla, es ocioso el vigía.

Por eso el atalayero estaba á la puerta de su torre liando un cigarrillo.—Era un hombre provecto, singular en su decir y de quien gustaban los señores por su especial estilo.

—¡Mucha mar, Simon!—*le* dijo uno de los paseantes.

—*Mucha*, *pero ya calma,—respondió* el curtido marinero,—esta noche entra la luna, mañana estará el agua como un plato.

—¡Duro ha sido el tiempo!

—Ya ve V., el equinoccio: hace noches que se veia venir: cantaban muy alto las aves saturnas (1).—Ayer, ayer estuvo el dia bueno;—el que metiera las narices en el golfo! —ni á diez *millas* se aguantaba la mar que venia del Norte.

—¿No han avistado nada?

—¿Avistar?—como no sea la freata (2) Casilda que se espera, ó la boleta (3) que salió á cruzar, pero quia, se habrán hecho *ajuera* (4) y gracias.

Y decia verdad, inspirado por su experiencia práctica el veterano.—En la noche á que se refería, noche del viernes, la Grijalba abatida por la mar y el viento, luchaba por escapar del peligroso seno del golfo cántabro.—Envuelto en agua y en tinieblas, golpeado y sacudido por las olas, crugiéndole el cuerpo de dolor como cuerpo de un ser animado, perseverante y bravo el buque maniobraba con las reliquias de sus velas, las cuarteaba ó las ceñia, sorteando ó recogiendo el viento, ayudándose para tomar altura.—El pito agudo, la ronca bocina gobernaban la accion y el movimiento de la combatida máquina: sus hombres en vela todos, calados, medio desnudos, obedecian unánimes y resueltos, jurando *unos, encomendándose otros á la Vírgen, todos en voz baja*, empleando el caudal de energía que la obediencia y la disciplina acumulan para ser en hora suprema salvacion de la honra unas veces, otras de la vida.

—¡Tierra por la proa! se oyó gritar con despavorido acento. Súbito cesó la faena, como si glacial hechizo hubiese helado la sangre, paralizado la voluntad de todos aquellos hombres; fue un instante, un instante apenas perceptible, pero de infinito terror y angustia.—Un oficial, el que ya conocemos, se dirigió á proa con la rapidez que permitian los tumbos violentos del barco, agarrándose á los hombres, á la jarcia, á la tablazon; llegado asió con brio el firme estay del trinquete y se izó sobre el macho del bauprés: del insondable y tenebroso fondo que les rodeaba, vió arrancar y acercársele una mole informe, rugidora, negra, y antes de que sus ojos pudieran discernir si era roca, nube ó agua, la inmensa ola se le desplomaba encima, arrastrándolo al revuelto abismo.

La espuma corria hirviendo y sonando por cima de la cubierta, los marineros mas próximos derribados ó aturdidos por el golpe de agua, apenas recobrados vocearon:—¡Mi teniente!—pero ni un suspiro, ni un ¡ay! humano, respondió á la ronca y trémula pregunta.

—¡El teniente al agua! eco pavoroso y triste retumbó de *boca en boca por la tripulacion: incorporábanse sobre la* borda, arrojaron al agua toneles vacíos, largaron estachas á una y otra banda, gritaron, llamáronle por su nombre; todo en vano.—Cuando el mar se enfurece y abre sus anchas fauces hambriento, no devora su presa, la traga y aniquila, sin dar tiempo á la agonía, sin consentir señal que sirva de huella al fraternal ausilio, pavesa, voz, fuerza ni despojo.

IV.

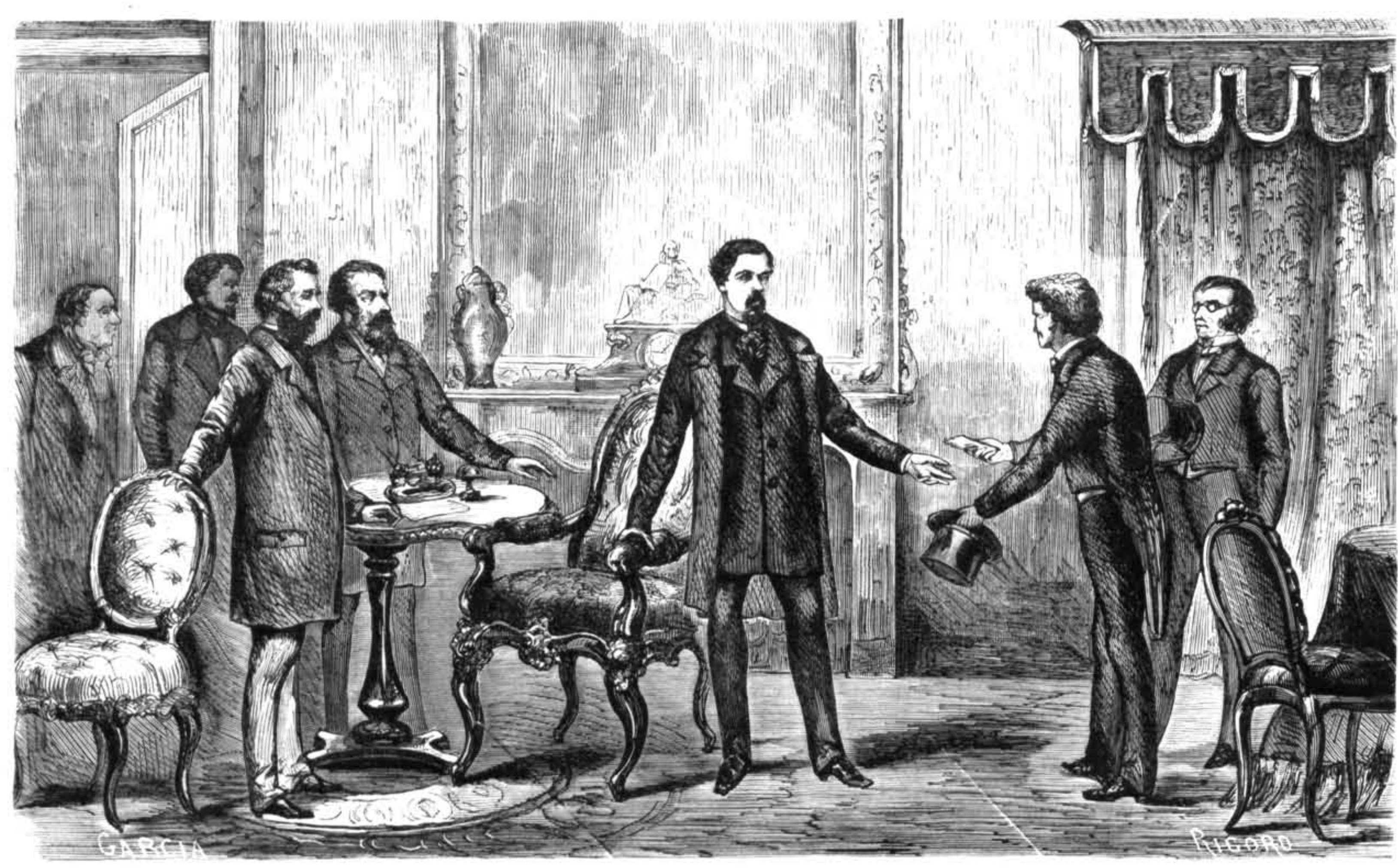
Conforme al pronóstico del atalayero, amanecia el alba del domingo levantándose un sol risueño y tibio por cima de la pelada sierra de Galizano.—Las alegrías primaverales del cielo son harto más dulces que la ardiente y continuada serenidad estiva. Vienen en pos de nieblas y lluvias, de pesarosas y sombrías horas, y traen al corazon las caricias de la nueva luz, la suavísima esperanza de los dias largos, de las noches serenas, de la campiña con flor, del árbol en hojas, del ambiente plácido, salubre, igual, vigor y gozo del mozo, respiro y tranquilidad del viejo, de cuya cavilosa mente espanta la tenaz idea de la muerte, el incesante amago de la dolencia.

Esos primeros verdores del año tienen particular misterio: de pronto se cubren de *sonrosada nieve las ramas* de los almendros, se oye vagar en los aires el vario cantar de los pájaros, y las violetas apenas coloridas por el pálido sol de invierno, y mudas en la mata, cobran la voz de su rica fragancia, derramándola en el ambiente para hablar amorosa y blandamente á los sentidos, al alma del hombre.

El rumor del mar sosegado semejaba el sordo alentar de una fiera rendida y quebrantada en la lucha, la brisa de Nordeste se despertaba y con ligeros vuelos venia á alegrar las banderas de los buques engalanados.

¡Qué alegres tocaban tambien las campanas de la Cate-

(1) Nocturnas, queria decir el atalayero.
(2) Fragata.
(3) Goleta.
(4) Afuera.

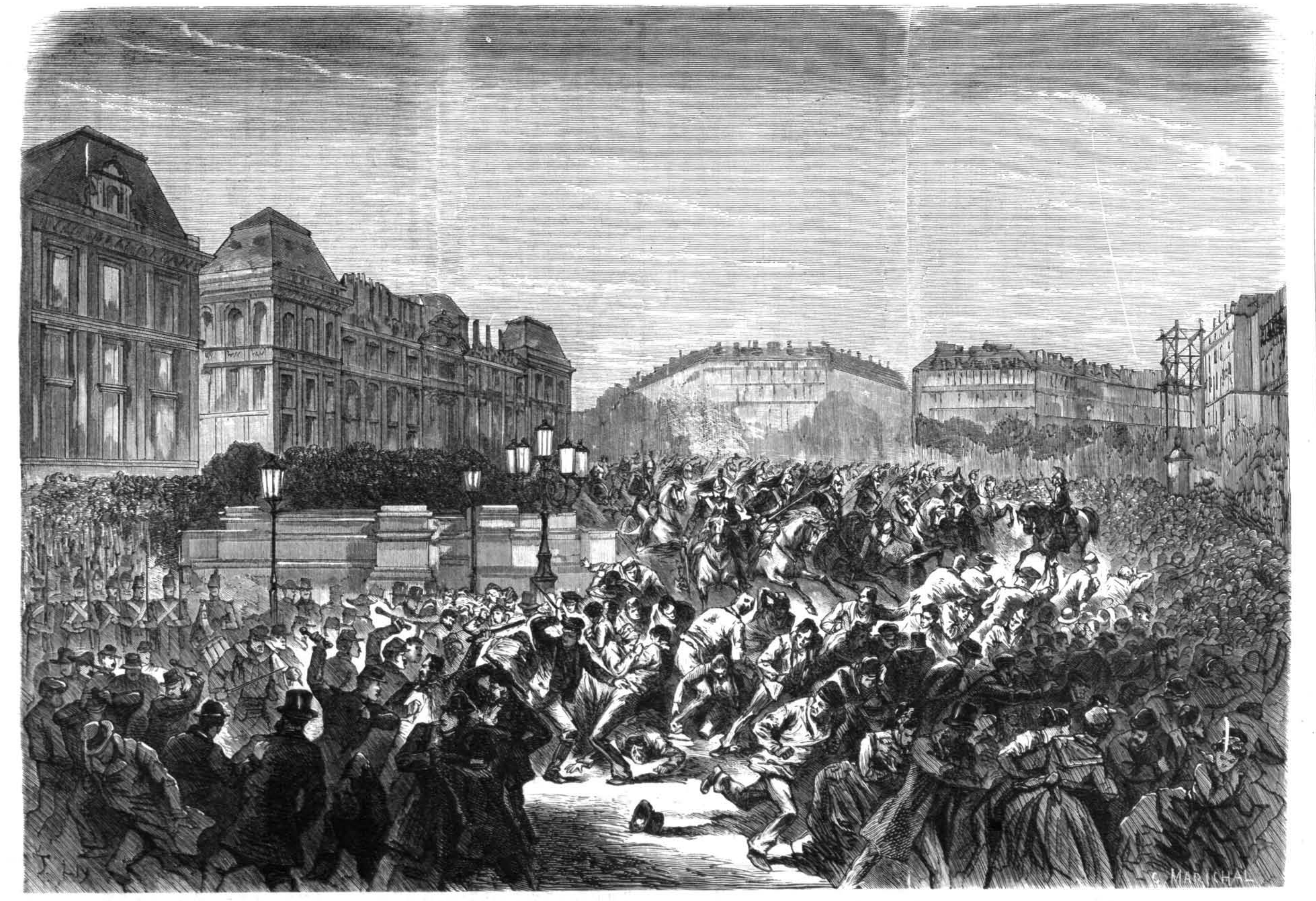


VISITA DEL PREFECTO DE LYON A DON CARLOS DE BORBON Y ESTE.

dral llamando á misa mayor! cómo vibraba su argentino y jugueton repique, no parecido, para mis oidos al menos, á ninguna otra vibracion de sonoros bronces!

Penetra el agudo tañido en los hogares santanderinos: la mujer hacendosa, niña ó madre, soltera ó casada, se prende la mantilla delante del espejo, toma el devocionario, un pañuelo limpio de batista, recoge las llaves, dá órdenes minuciosas á la criada que le abre la puerta, se santigua al comenzar los escalones y los baja calzándose apresurada-

SUCESOS DE PARIS.—Arresto de Rochefort.



SUCESOS DE PARIS.—Carga de caballería dada por los guardias municipales en el Chateau d'Eau.

mente los guantes, azorada por la idea de llegar tarde, no coger buen sitio y quedarse sin ver la misa y oir la plática de su Ilustrísima.

Algo de esto acontecia en la casa del balcon que ya han visto mis lectores.—Tiempo sobrado para sus domésticos quehaceres habia tenido la enamorada; nunca pecó de indolente ó perezosa, más esa mañana habíala despertado con el alba, si es que se despierta cuando no se ha dormido, el pensamiento de que luego estaria la Grijalva anclada en el pozo flameando su pabellon y puestas á secar sus veles caladas por el mar y el cielo.—Este pensamiento la inquietaba, cuando al salir del portal oia discutir entre las señoras que la acompañaban, si picaba el sol ó no picaba, si andarian su camino por el muelle, ó por una calle costanera y angosta, á quien dejó nombre cierta reina Blanca alojada en ella, segun cuentan los aficionados á cosas antiguas.

Elegido el muelle alegróse su alma; pasajera alegría, por que cuando saliendo por una boca-calle al ancho riel de luz que inundaba las losas, defendiéndose de los rallos solares con el libro levantado á raiz del pelo, tendió los ojos por la bahía, no vió en sus aguas al deseado barco:—alentóse oyendo á la inagotable esperanza susurrar en voz baja á su corazon: «aun puede llegar antes de la noche, antes de la tarde, antes de medio dia; quizas al salir de misa vas á verla.»

Y como pasasen cerca de los grupos de marineros, que de pie ó acostados ocupaban la acera embarazando el peso en aquellos parajes del Consulado y la Rampa larga, ella que tastas veces motejó el abuso y los esquivó ahuyentada y ofendida en su olfato y en su oido, se les llegaba sin escrúpulo, acortando su andar, pretendiendo coger en sus rudas conversaciones una palabra, un dicho á qué unir su confianza, con qué esclarecer sus temores.

Si aquellos ásperos hijos de la costa hubieran adivinado su deseo, pronto le dejaran satisfecho, porque en ellos la rugosa corteza esconde siempre fibras sensibles á la agena necesidad y al dolor ageno; además, todos conocian á la doncella por el honrado apellido de su padre, por la vecindad de sus viviendas y porque era de las que con sentido orgullo nombraba el pueblo cuando queria con ejemplos encarecer la belleza ó la gracia de sus hijas.

Ya sus contemporáneos envejecemos; y el tiempo, hábil artista que gusta de preparar sus lienzos, nos despuebla y rae la frente, listo á pintar sobre ella las señales definitivas de haber vivido, las inevitables arrugas, rastro de pesares, desgracias ó aflicciones.—Ella, sin embargo, permanece en la memoria, preservada de los años y sus estragos, perpetuada en el abril de los suyos; generosa y risueña, entusiasta y viva, radiando limpia luz de sus ojos hermosísimos, meciendo al compás de los impensados movimientos de su cabeza inteligente y fina, dos largos rizos que le besaban las mejillas, y en que partia su negro pelo, independiente y estraña al comun uso que de distinto modo peinaba á sus compañeras; retratada sobre el claro fondo de los paisajes juveniles, gentil y airosa no envejece, ni decae, ni muda; ¡celeste privilegio de los que mueren temprano!

En la capilla del Rosario se arrodillaron donde se arrodillaban siempre, porque cada familia en la iglesia tiene escogido su lugar predilecto, como tiene su devocion y su imágen preferida. Arrodilláronse y oraron, con mayor fervor y más largamente la que al parecer menos necesitada debiera estar de la misericordia y el favor del cielo.

Suben á Dios las oraciones, y se juntan en su divino regazo cuantas á un mismo fin van encaminadas para mover unidas su compasion ó aplacar su justicia.—Todas hablan allí concertadas y unánimes la santa lengua de la caridad, aunque en la tierra se hayan formado con palabras de diversos idiomas y sonidos.—Allí se encontraron las que brotaban en la capilla del Rosario con otras nacidas en estranjera playa.—Todas pedian lo mismo la felicidad del marino; pero aquellas se la deseaban en la tierra donde le suponian, éstas se la prucuraban en el cielo adonde pretendian acompañar su alma.

Aquel sol que arrasaba de luz el muelle de Santander, secaba á la vez, al bajar de la marea las arenas de la costa francesa de Gascuña.—Tendido en ellas yacia el cadáver del *jóven*.—Descubierto por los costeños de una aldea próxima preparábanse á darle sepultura: los girones del uniforme desgarrado, sus botones y divisas bastaron á un viejo, práctico en navegar para definir la profesion y calidad del muerto.—Hechos á encontrarse y favorecerse en latitudes remotas, en ocasiones tremendas, en lances y aventuras, los marinos de todos los paises sienten y conservan más apretado, más estrecho el lazo fraternal que debiera unir á todos los hombres.—Se aman, se ayudan y honran recíprocamente su uniforme y su bandera.—Reliquias de un naufragio, descolorida, y rota una bandera española, ofrecida por alguno de los generosos franceses sirvió de mortaja al oficial desventurado.—Siguiendo al cuerpo oraban hombres y mujeres; un sacerdote le roció con agua bendita, y quedó durmiendo el eterno sueño en aquella costa melancólica y triste, erial y pantanosa á trechos, á trechos sembrada de lúgubres pinos y tan diferente de su pátria costa.

V.

Algunos meses despues, la primavera siguiente, fondeó en Santander una poderosa fragata de guerra.—Hacia años que no se veia en el puerto buque español de tanto porte.—La gente jóven, ávida de ocasiones de reunirse y alegrarse, sobre todo allí donde hábitos, carácter ó pasajeras circunstancias hacen la vida reclusa y el trato ceremonioso y escaso, no perdió ésta de organizarse en bandos por tertulias ó familias para visitar la fragata.—Botes de abordo y botes del puerto iban y venian diariamente cuajados de bulliciosa carga; la hospitalidad y la cortesía, prendas tradicionales de los marinos españoles se prestaban á todo, la mesa de su cámara estaba constantemente cubierta de golosinas y refrescos, y á pocas señoras que se reuniesen, luego llamaban algunos de sus musicos y se improvisaba un baile en la batería ó sobre cubierta.

De tales fiestas y regocijos apenas osaban hablar en presencia de la malaventurada amante sus amigas que de ellas participaban. Y no porque hiciese ostentacion de pesar estraordinario, antes bien lo guardaba en su alma, donde reinaban la soledad y la tristeza, su rostro era siempre el rostro afable y expresivo donde como en terso cristal se reflejaba la imágen de sus pensamientos, levantados, entusiastas, generosos.

Mas un dia en el círculo juvenil de sus íntimas hízose conversacion del asunto, y con sorpresa general oyéronla decir:

—Yo tambien deseo ver la fragata. Avisadme el dia que vayais, y os acompañaré.

Así se hizo: los oficiales, que bien sabian la historia de la doncella y su herida, la colmaban de finezas y atenciones; harto penetraba ella la causa de sus preferencias, y lo agradecia, pero sin manifestar en palabra ú obra más de lo que cumple á la urbanidad y esquisto tacto femenino.

Pero, ¡qué pasaba en tanto dentro de su espíritu, asediado de recuerdos, recrudecido el dolor, presentes á la memoria las pasadas aventuras, la desastrosa y cruel muerte de su amado y el horizonte de la vida irrevocablemente desierto, ocupado por el inmenso vacío de una ausencia!

A deshora de la noche, un alarido espantoso despertó á cuantos dormian en su casa.—Cuando acudieron halláronla febril y convulsa.—Ardíanle las sienes, palpitaban sus venas con desapoderada furia, y el corazon se revolvia desesperadamente en el pecho, como insensato cautivo que intenta estrellarse contra las paredes de su cárcel.

—¡Terrible noche para los que la amaban y cercaban su lecho, llorosos, doloridos, angustiados por las voces agudas, estrañas, violentas de su delirio!—En su abrasado cráneo se agitaban fuerzas ingentes que la ciencia no sabe medir, ni regular; su cerebro vivia esa vida misteriosa, oscura, que la fiebre desarrolla, y á cuya energía no resiste el comun organismo humano.

Las palabras desordenadas del calenturiento, sus gritos, sus quejas, sus estremecimientos responden á impresiones de esa vida, que parece espantosa al que vela á su cabecera, porque de ella no ve sino la postracion, el quebranto, la ruina del cuerpo vencido y deshecho.

Los arcanos del espíritu, sus grandezas ó sus miserias, sus luchas, sus esfuerzos, martirios, glorias ó padecimientos, apenas perceptibles en los siniestros crepúsculos de la agonía, se esconden de todo punto en las profundas sombras de la muerte, penetrables únicamente por la fe religiosa.

VI.

De esta historia queda lo que de toda historia humana: cruces en el cementerio y un recuerdo que palidece y declina para morir cuando cesen de palpitar los pechos que lo guardan.

Entre tanto, ¿por qué se renovó y se dibujaba en mi memoria con tanta precision y detalles, á los amagos de sangrientas escenas?

Ya sonaban tiros y voces; golpeaban las balas las pacíficas paredes de mi casa, y todavía soñaba en la goleta y sus riesgos, en los lazos posibles que la unian á tierra, en el inminente peligro que los cortasen para siempre la mar ó el fuego.

Ví caer un hombre, y la presente lástima tomó el lugar y la compasion de las lástimas pasadas.

JUAN GARCÍA.

DON JOSE EMILIO SANTOS.

¿Por qué razon ofrecemos á los lectores de LA ILUSTRACION el retrato de don José Emilio Santos?

¿Es porque España le debe en gran parte su Estadística?

¿Es porque ha representado á una provincia en las Córtes Constituyentes?

Los periódicos ilustrados son, entre otras cosas, una especie de aparato fotográfico, un objetivo infatigable, que donde quiera que hay algo digno de llamar la atencion, dirige sus miras y lo reproduce sin mas objeto que satisfacer la curiosidad de los hombres del siglo XIX.

Don José Emilio Santos, es desde hace veinte años conocido por su ilustracion, por su actividad, por su claro talento: desde entonces acá ha escrito en varios periódicos, ha dirigido algunos, ha organizado la estadística de España y ha contribuido no poco á ilustrar á los españoles.

La Revolucion de Setiembre le devolvió un puesto que le pertenecia de derecho, la direccion de la Estadística, le hizo diputado, le inspiró planes de hacienda y por último le llevó á la Habana en compañía del general Caballero de Rodas en calidad de intendente.

Sin ofender á sus antecesores, y haciendo especialmencion del inolvidable señor Escario, víctima de su celo, lo cierto es que ninguno ha logrado lo que el señor Santos.

Bien fuese por modestia, bien por esa dulcísima pereza que el calor tropical de la hermosa antilla debe infundir á la sangre peninsular, bien por otras causas que no es nuestro objeto calificar y que nunca censuraríamos porque no es esa nuestra mision, todos los intendentes anteriores han logrado enviar mas ó menos fondos á la metrópoli; pero que nosotros sepamos, no han buscado de una manera dramática la causa de los escasos rendimientos de las aduanas de la Isla.

—Yo lo averiguaré, se dijo el actual intendente; y con una energía y un tacto digno de encomio, buscó la llaga y puso el dedo en ella.

No nos pregunten ustedes cuál era esta llaga: no es éste un periódico de medicina. Contentémonos con admirar el carácter y el acierto del distinguido funcionario que tiene valor para arrostrar enemistades peligrosas en cambio de la gloria que sus actos le han alcanzado.

Hé aquí el verdadero motivo que tiene la ILUSTRACION para reproducir la fisonomía de ese hombre tan ilustrado como enérgico, el cual, dicho sea de paso, tenia ya sobrados títulos para formar parte de la galería de contemporáneos dignos de aprecio y de aplauso.

Por lo demás, á los que le conocen nada estraña su plausible conducta. Todos saben que es activo, incansable; que sigue paso á paso el movimiento intelectual del mundo, que es de su siglo, que su claro talento no se contenta con saber, sino que necesita comunicar.

Terminaremos este bosquejo moral indicando que el señor Santos es abogado, adorna su pecho con varias condecoraciones, ha escrito mucho bueno, y escribirá aun más porque todavía es jóven.

Terminado teníamos este ligero boceto, cuando las últimas noticias de la Habana vienen á demostrarnos que el celoso intendente ha dado nuevas muestras de su actividad.

Al salir uno de los últimos correos de la Habana, han dicho estos dias los periódicos quedaban cubiertas todas las atenciones que pesan sobre aquellas cajas: la situacion económica era escelente.

El general Caballero de Rodas y el intendente señor Santos, habian enviado á los tribunales á algunos empleados de la Aduana, á consecuencia de haber encontrado 493 bultos demás en los almacenes sin documento ni justificacion alguna.

Se han descubierto otros fraudes en la aduana y abusos de distintas clases, entre los cuales merece especial mencion el de un número considerable de empleados del resguardo, cuyos sueldos importaban cerca de 30,000 duros, y que desde hace mucho tiempo habian dejado de prestar servicios al Estado.

Con este motivo el comercio y el público en general de la Habana se manifestaban muy complacidos del celo y actividad que vienen desplegando el capitan general y el intendente para cortar todos los abusos y establecer la más severa moralidad en la administracion de la Isla.

Despues de esto, ¿merece ó no el señor Santos los honores que nos complacemos en tributarle?

Creemos que la respuesta será afirmativa.

Concluyamos diciendo que se ha captado las simpatías de todas las clases de la isla, y que presentado al Casino, ha sido proclamado sócio de honor con el mayor entusiasmo por todos los peninsulares y cubanos adeptos á España.

DANIEL GARCÍA

SUCESOS DE PARIS EN FEBRERO.

Es costumbre en las publicaciones ilustradas sacrificar la verdad al interés de los lectores: en París sobre todo sucede que á los dos ó tres dias de acaecer un suceso lo reproducen el lápiz y el buril. Los que conocen cómo se ejecutan estos trabajos saben que un dibujo hecho á conciencia requiere cuatro dias lo menos y ocho ó diez el grabado. No pudiendo nosotros reproducir con la rapidez de los periódicos estranjeros los sucesos mas importantes, buscamos en la exactitud de los dibujos una compensacion del atraso, sobre todo tratándose de asuntos estranjeros.

Hoy ofrecemos tres grabados que representan las escenas mas interesantes de los sucesos que en febrero último alteraron la paz habitual de la ciudad de París.

Nuestros lectores saben lo que sucede en Francia. Despues de muchos años de lucha, despues de un cambio de dinastía, del triunfo de la república y de las amenazas del socialismo, logró Napoleon, empleando un sistema misto por decirlo así: esto es planteando el absolutismo en política y un espíritu conciliador bajo el punto de vista social, pacificar la Francia, darle el sosiego necesario para enriquecerse, aumentar su gloria con guerras esteriores.

Todo marchaba bien hasta que la impolítica guerra de Méjico eclipsó la estrella del Emperador: el pueblo que se cansa de todo, dejó de creer en Napoleon, y aprovechando este cansancio los republicanos y socialistas, se agitaron obligando al tirano, como ellos llaman á los soberanos, á liberalizarse.

A la sombra de esta libertad se han exacerbado las pasiones y ellos han traido los sucesos que las personas sensatas lamentan. No faltan maliciosos que atribuyen al gobierno francés el papel de instigador de estas escenas para que las clases conservadoras puedan hacer comparaciones entre la época del gobierno personal de Napoleon y la actual del gobierno cuasi-representativo.

Pero á nosotros no nos incumbe entrar en estas investigaciones: bástanos deplorar esas escenas que alteran la marcha naturalmente progresiva del trabajo, de la industria y del comercio, agentes los mas poderosos y eficaces de la verdadera civilizacion.

Los grabados que publicamos inspiran ideas como las que emitimos. Representa uno de ellos el momento en que la policía prende á Rochefort el héroe de las jornadas de febrero. Autorizado el tribunal por la cámara para procesarle, envia agentes á prenderle al sitio en donde le aguarda el populacho para embriagarse con sus palabras y animarse á la rebelion. La agitacion que reina en torno del lugar escogido para su arresto, es grande.

Poco despues circula la noticia de su prision, los redactores de la *Marsellesa*, los demagogos agitan al pueblo, le azuzan, le irritan y el órden se altera, los gritos subversivos resuenan en París, se forman barricadas, la casa de un armero es saqueada, todo anuncia una lucha fratricida.

Otro de los grabados representa á Mr. Flourens, uno de los mas ardientes demagogos, capitaneando á los insurrectos en la barricada que con ómnibus y otros objetos improvisaron á la entrada del faubourg del Temple. Desde ella los animaba, pero la carga de caballería que representa el tercer grabado, le obligó á retirarse.

El tercer grabado da una idea del aspecto que ofrecia la plaza del *Chateau d' Eau*, el dia 9 de febrero á las nueve de la noche.

En dicha plaza está situado el cuartel del Príncipe Eugenio, y se hallan tambien los *Almacenes reunidos*, grandioso establecimiento comercial.

Numerosos grupos de hombres del pueblo formaban masas compactas en las aceras del boulevard frente al faubourg del Temple.

Las tiendas se habian cerrado; de cuando en cuando sobresalian sobre el murmullo de los amotinados conversaciones y gritos desaforados. Delante del edificio de los *Almacenes reunidos* se hallaba un destacamento de trescientos *sergents de ville* ó sea agentes de órden público. Delante de ellos aparecia un tambor de la guardia de París y varios jueces de paz sin uniforme, estaban confundidos entre estas fuerzas.

Apenas se pusieron en movimiento, hubo una gran agitacion. Poco despues aumentó la conflagracion una brigada de municipales de caballería, la cual para despejar el terreno cargó contra los alborotadores.

Triste espectáculo, pero elocuente para recordar á los pueblos honrados y laboriosos quienes son los que los arrastran á cometer escesos para no conseguir mas que derribar á unos y encumbrar á otros, á quiénes á su vez derribará, porque todavía no hay un ejemplo de que la ambicion triunfante de algunos hombres haya hecho la felicidad de las naciones.

JUAN DE MADRID.

VISITA DEL PREFECTO DE LYON.

Á DON CÁRLOS DE BORBON Y ESTE.

No hace mucho que el telégrafo comunicó al gobierno la noticia de que las autoridades francesas habian notificado á don Cárlos de Borbon y Este que no podia permanecer en Lyon ni avanzar hácia la frontera española. Posteriormente se han sabido pormenores de este suceso, y de ellos resulta que, hallándose don Cárlos en un hotel de Lyon acompañado de dos príncipes alemanes y de algunos personajes de los que figuran en el partido legitimista, recibió la visita del prefecto de la ciudad quien entregó á don Cárlos de parte del gobierno imperial una comunicacion manifestándole los motivos que tenia para no permitir su estancia en Lyon ni en su paso hácia la frontera.

Don Cárlos, rodeado de los príncipes alemanes y de algunos de sus servidores, recibió al prefecto en el hotel, y esta escena de actualidad y de interés para los españoles, lo mismo favorables que hostiles á la causa legitimista, es la que reproducimos en un grabado, copiado de un croquis que al efecto se nos ha remitido de Lyon.

EL CID CAMPEADOR.

AL EMINENTE ARTISTA DON JOSÉ DE MENDEZ.

I.

Muchas veces, amigo mio, habrá usted contemplado la bella ciudad de Búrgos, la orgullosa CAPUT CASTELLÆ, desde la cumbre del alto cerro que á su espalda, se levanta, y cuyas anchas colinas la ciñen por completo de Norte á Oriente.

Por en medio de una vega pintoresca, y parecido á una cinta de plata que se extiende sobre el verde follaje, camina el Arlanzon histórico, que baja despeñándose por la inmediata sierra de Oca; á cada lado de sus riberas se alzan magníficos edificios, de esbeltas formas y risueños colores los modernos, de severos pilares ó caprichosos detalles los antiguos —como las lindas manzanas de casas que unen la antiquísima muralla de los *Cubos* con el memorable puente de las Viudas; como el arco triunfal de Santa María ó la aérea espadaña del convento de San Pablo.

Escrita en su recinto, con páginas de piedra, la historia de la patria, observa el curioso inapreciables reliquias de las construcciones romanas en las alturas de San Miguel y de San Quirce; bizantinos arcos hay en el suntuoso hospital del Rey y en la célebre abadía de las Huelgas, cuyas torres aparecen tambien coronadas de morunos adarves y ceñidas de menuda crestería; árabes son, quizás del primer período, los solitarios arcos de San Martin y San Estéban; brilla el arte gótico con todo su esplendor y riqueza en la renombrada Cartuja de Miraflores, sepulcro de don Juan II, el rey-poeta, mandada construir por la incomparable Isabel la *Católica*, y en el magnífico monasterio de Frendesval, saqueado en 1808, devastado y profanado en 1835, casi reducido á escombros en 1840, con mengua de la decantada civilizacion de nuestros dias.

Allí se ven aún, en la cima de escarpada montaña, algunos viejos paredones, agrietados muros y ferrados postigos, restos venerables del soberbio alcázar de los condes y reyes de Castilla, fundado en el siglo X por el victorioso Fernan-Gonzalez y volado por las tropas francesas del usurpador José Napoleon, á las cuatro de la mañana del 13 de Junio de 1813 (1). Poco resta ya de aquel altivo baluarte, mudo testigo de tantas glorias y de tantas grandezas, donde se albergaron muchas veces los Cides y los Alfonsos, la gran Berenguela y el santo conquistador de Córdoba, los Reyes Católicos y el vencedor en Cerignola, el duque de Alba y don Juan de Austria, Felipe V y el príncipe de Saboya; por tierra yacen aquellas espléndidas mansiones «*artesonadas é labradas como cosa de maravilla, ca non parescen fechas por manos de omes mortales,*» segun el juicio de un historiador antiguo, donde lloraron su libertad perdida el rey de Navarra Don García *el Trémulo*, el infortunado príncipe don Jaime de Nápoles, el revoltoso conde don Fadrique de Benavente, el desgraciado don Alvaro de Luna, los bravos comuneros don Juan de Mendoza y don Juan de Figueroa; donde Alfonso X, *el Sabio*, hacia morir al infante don Enrique; Sancho IV, *el Bravo*, mandaba asesinar al príncipe don Juan y á don Felipe de Castro; Pedro I, *el Cruel*, hacia dar muerte, ó la daba él mismo, á Garcilaso de la Vega, Juan Fernandez de Tovar y demas ilustres compañeros de desgracia.

(1) Véase la *Gaceta de Madrid* del 18 de Junio de 1813.

Dominándolo todo, á semejanza de los altos cedros que sacuden su espesa cabellera en el seno de las nubes, descuellan las afiligranadas *agujas*, como dice el vulgo, de la gran basílica: *obra de ánjeles*, segun Felipe II; *joya inestimable que debiera estar cubierta de finísimos encajes*, en sentir de Cárlos I; memoria imperecedera de la religiosidad é ilustracion de los ultrajados tiempos de la Edad Media.

Tal es Búrgos, CAPUT CASTELLÆ, cuna de reyes y de héroes, museo predilecto de las bellezas artísticas que nos legaron los pasados siglos, «donde el gusto y la elegancia de aquella mal comprendida época, dice el sabio arqueólogo »M. Bossarte, han sacudido sus alas cubiertas de aljófar y »pedrería, para dejar inundado de tesoros el suelo querido »de los Fernandos é Isabeles.»

II.

Y usted, amigo mio, no se habrá olvidado de visitar un sencillo monumento que existe aún en la nobilísima Búrgos, á muy pocos metros de la morisca puerta de San Martin.

SOLAR DEL CID se llama (2): aquellas pobres y solitarias piedras señalan el lugar que ocupó la solariega casa del esclarecido Ruy Diaz, *el Cid*.

¡El Cid!—Esto es: el tipo del hidalgo castellano, bravo entre los bravos, noble y caballero; el héroe de las trovas populares, la desesperacion de la historia, el sarcasmo de la crítica.

A fines del siglo pasado, el Rdo. P. Maestro Fr. Manuel Risco, heredero de las glorias de Florez y continuador de la *España Sagrada*, esa obra portentosa de erudicion y laboriosidad que no tiene rival en su género, en nacion alguna del mundo, exclamó regocijado:

«Tengo la mayor complacencia y satisfaccion en ofrecer á »mis amados compatriotas y á toda la república de los litera»tos las más apreciables memorias y el más insigne monu»mento desconocido á los escritores que florecieron desde el siglo XIII hasta nuestros dias (3).»

Este monumento era sencillamente una historia fiel, asi lo creyó el P. Risco, del Cid Campeador, *el Mio Cid*, como le llama la *Crónica general de España*, descubierta por el infatigable bibliógrafo en los empolvados archivos de San Isidro de Leon, y publicada luego por él mismo con este epígrafe: *La Castilla y el más famoso castellano* (4).

Nunca tal hiciera, amigo mio.

El cáustico Masdeu, jesuita, un tanto volteriano y mas que mucho escéptico, que se complace en desmenuzar uno por uno, con acerada péñola y finísima sonrisa, los fundamentos mas sólidos de las glorias pátrias, las tradiciones mas arraigadas; que titubea en dar asenso á la existencia del gran Pelayo, desconoce la popular figura de Bernardo del Carpio, reduce á la nulidad, ó poco menos, los triunfos de Auseba y de Clavijo, desvirtúa los hechos del magnánimo Fernan-Gonzalez; Masdeu, repito, emplea la miseria de doscientas veinticuatro páginas (5), en refutar con verdadero deleite la novísima *historia leonesa*, exhumada por el inteligente Risco, llama á este «bobalicon» y «buen fraile agustiniano,» le dice sin empacho que dá muestras de tener «muy anchas creederas,» y concluye, en resúmen, con los párrafos que al pie de la letra copio:

«No tenemos del famoso Cid ni una sola noticia que sea »segura ó fundada, ó merezca lugar en las memorias de »nuestra nacion... habiendo examinado la materia tan pro»lijamente, juzgo deber... confesar que de Rodrigo Diaz, el »Campeador... nada absolutamente sabemos con probabili»dad, ni aun su mismo ser y existencia (6):»

Imagínese usted la chamusquina, y permítame la palabra, que levantarian estas audaces afirmaciones.

Murió el sabio Risco sin llegar á conocerlas: hallándose en Roma: súpolo Masdeu; ratificóse en lo que habia dicho, y lanzó este reto al continuador se la *España Sagrada*.

«Ninguna cosa deseaba yo tanto como que llegase á sus »manos (á las de Risco) esta mi censura..... para que leyén»dola el P. M. ó se desengañase con ella... ó bien notificase »al público los nuevos motivos que tuviese para creer anti-

(2) Véase el grabado que le representa: copia del natural remitida por don Luis Martinez de Velasco.

(3) *La Castilla y el más famoso Castellano... Historia del célebre Rodrigo Diaz, llamado vulgarmente el Cid Campeador*, por el P. Mro. Fr. Manuel Risco (Madrid, 1792), prólogo, pág. VII.—Me tomo la libertad de hacer presente al Ministro de Fomento que esta preciosa obra, tan prodigada por la Direccion de Instruccion Pública para las bibliotecas populares, *no consta* en la Nacional ni en la de San Isidro: á mí, por lo menos, no se me ha facilitado en ninguna de las dos.

(4) Véase la nota anterior.

(5) *Historia crítica de España y de la cultura española*, por don Juan Francisco Masdeu, t. XX (Madrid, 1805), ilustracion II, pág. 147 á 371.

(6) *Historia crítica, etc.*, pág. 370.

»guo y legítimo el manuscrito de Leon. Espero que tomará »el lugar del difunto el nuevo continuador de sus obras (7).»

¿Cómo no habia de tomarle?—El P. La Canal aceptó con valentía el reto, y se propuso refutar al atrevido jesuita y volver por la honra literaria de su digno antecesor y compañero.

Mas el hombre propone y Dios dispone: Masdeu murió, y la obra del P. La Canal, inapreciable como todas las suyas, duerme aún *inédita* en la Biblioteca de la Academia de la Historia (8). Esta corporacion, aunque muy ilustrada y laboriosa, opina, amigo Mendez, por lo visto, que solo el incrédulo autor de la *Historia crítica de España* debia conocer el sabroso y eruditísimo escrito de aquel académico.

Y dicho sea con esto que aun permanece en toda su fuerza la descarada negativa de Masdeu, sin que nadie en el presente siglo, que yo sepa, haya tenido alientos para desvanecer las espesas sombras que rodean la gigantesca figura del prototipo de los hidalgos castellanos.

Repítanse á los burgaleses las palabras de Masdeu: ellos, señalando con una mano el *Solar del Cid* y con otra la urna que contiene las venerables cenizas del héroe (9), responderán al incrédulo con las entusiastas frases de un historiador moderno:

«Gloria de España será siempre haber producido al »Campeador famoso, al paladin ilustre, al hombre »hazañoso en las lides, al guerrero heróico, al capitan »invencible, al súbdito leal á su rey, cuyo nombre y »fama se ha difundido por todo el orbe y se trasmitirá »á todas las edades (10).»

III.

Cantaban al Cid, desde el siglo XII, juglares y trovadores mientras la historia se descuidaba en escribir los hechos del popular caballero:

Pero la leyenda del Cid, esa preciosísima, y sin par coleccion de romances que enriquece la literatura española, es tambien la leyenda del pueblo de Castilla. Aún recuerdo haber oido, en boca de una pobre aldeana que dormia á su hija, los siguientes versos:

»soltedes, padre, en mal hora,
»soltedes en hora mala,
»que á no ser padre, no hiciera
»satisfaccion de palabras.»

Los mismos, amigo Mendez, que se encuentran en el romance núm. 275 de la coleccion de Duran (11).

Séame lícito, por lo tanto, examinar al Cid bajo el aspecto de héroe de leyenda.

Y haciendo caso omiso, en gracia de la brevedad, de sus primeros años, veámosle ya como

»cabalga sobre Babieca
»y con él los sus amigos (12).

para acudir al llamamiento de Diego Lainez, su padre, que anhelaba «desfacer el entuerto» del conde Lozano. Desafía Rodrigo al conde con estas palabras:

»Non es de sesudos homes
»ni de infanzones de pró,
»facer denuesto á un fidalgo
»que es tenido mas que vos.
. . . .
»Non son buenas fechorías
»que los homes de Leon
»fieran en el rostro á un viejo
»y no el pecho á un infanzon (13).»

Amante el pueblo de todo lo que toca en maravilla, hace un poeta caminar al Cid hácia el sepulcro del apóstol Santiago y finge una aparicion de San Lázaro en la persona de cierto pobre *gafo*, que se arrastraba por entre las malezas del camino exhalando quejumbrosos ayes, á quien socorre el caritativo caballero. A fuer de agradecido, profetízale el leproso su buena ventura de esta suerte:

»Rodrigo, Dios bien te quiere,
»otorgado te tenia,
»que lo que tú comenzares
»en lides ó en otra guisa
»lo cumplirás á tu honra
»y crecerá cada dia (14).»

Mas tarde resuenan los atambores y añafiles moriscos en las cercanías de Búrgos, porque

»Reyes moros en Castilla
»entran con gran alarido.

Hierve de corage la sangre de Ruy Diaz al oir contar á los aldeanos fugitivos los atropellos y violencias que comete la agarena hueste, y

»Rodrigo, cuando lo supo
»en Vivar, el su castillo.....

acude al encuentro de los terribles invasores, avístalos en las inmediaciones de Oca, da la batalla, y en ella

»venciera todos los moros
»y prendió los reyes cinco (15).»

Andando los años, cuando ya era tenido Ruy Diaz por el mejor caballero de Castilla, un traidor, Vellido Dolfos,—*Bellit Adolfes*, segun le nombran las crónicas del siglo XIII,—

(7) Loc. cit.

(8) ¿Por qué no se ha publicado?

(9) Yacen en la capilla del Ayuntamiento de Búrgos, trasladadas con solemne pompa, en 19 de Junio de 1842, desde el monasterio de San Pedro de Cardeña.

(10) *Historia general de España*, por don Modesto Lafuente, t. V. (Madrid, 1851), part. 11, lib. 11, pág. 22.

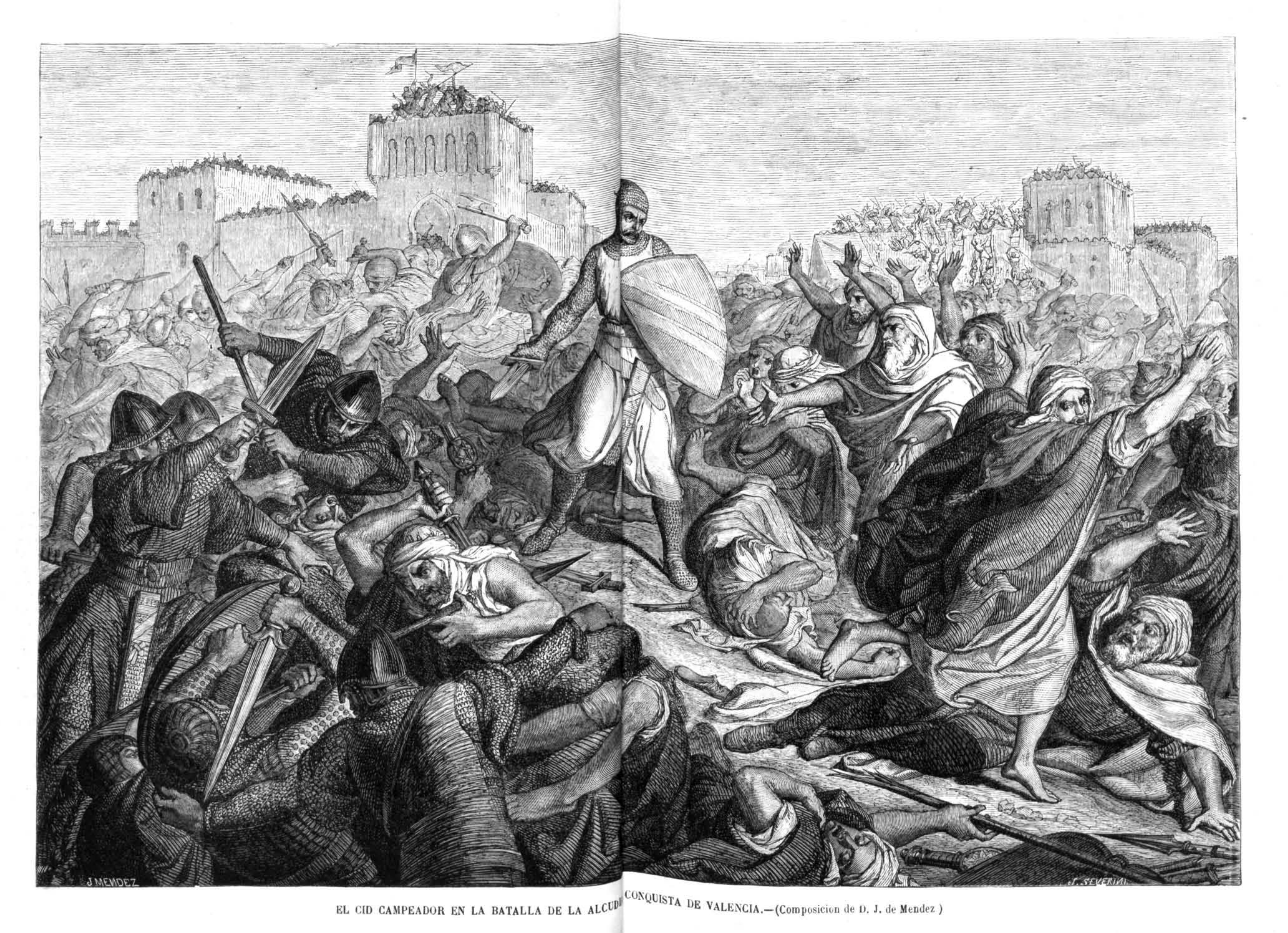
(11) *Biblioteca de autores españoles.—Romancero general*, coleccionado por don Agustin Duran, t. II. (Madrid, 1849), rom. 725, pág. 479.

(12) *Biblioteca, etc.*, rom. 737, pág. 485.

(13) *Biblioteca, etc.*, rom. 3, pág. 9.

(14) *Biblioteca, etc.*, rom. 742, pág. 488.

(15) *Biblioteca etc.*, rom. 737, pág. 485.



EL CID CAMPEADOR EN LA BATALLA DE LA ALCUDIA Ó CONQUISTA DE VALENCIA.—(Composicion de D. J. de Mendez.)

asesina, en el cerco de Zamora, á don Sancho II, el hermoso y bravo monarca cuyo es el encomiástico epitafio que yo he leido, y copiado, en el celebérrimo y grandioso monasterio de Oña: *Sanctius forma Paris et ferox Hector in armis...*

Aquí está el Cid en su verdadero carácter de héroe legendario.

Castellanos y navarros no querian admitir al nuevo rey, don Alfonso VI, sin que antes prestase juramento de no haber tenido parte alguna en la muerte del infeliz don Sancho. Ningun rico-hombre se atrevia á exigírsele.

¿Qué importaba? Ruy Diaz, aunque el más jóven de todos, se adelanta hácia el futuro monarca y él sólo.

»hizo hacer al rey Alfonso
»el Cid un solemne juro
»delante de muchos grandes...
»en Santa Gadea de Búrgos... (16)
. . . .
»sobre un cerrojo de hierro
»y una ballesta de palo (17).»

Lo cierto es, amigo Mendez, que existe aun—cosa rara—la bizantina iglesia de Santa Gadea (Santa Agueda) de Búrgos, y allí se enseña al curioso un antiquísimo cerrojo de hierro que sirvió para el juramento que los romances consignan, si hemos de creer la constante tradicion burgalesa, guardada sin quebranto hasta nuestros dias por los naturales de aquella ciudad hidalga, idólotras del héroe castellano.

Aun á riesgo de pecar de difuso, no puedo resistir al deseo de copiar algunos versos de un bello romance del siglo XV que se ocupa de este asunto, romance inextimable por muchos conceptos.

Dice así:

. . . .
«Villanos mátente, Alfonso,
villanos, que non fidalgos...
mátente con aguijadas,
no con lanzas ni con dardos,
con cuchillos cachi-cuernos
no con puñales dorados,
abarcas traigan calzadas
que no zapatos con lazo,
capas traigan aguaderas
non de contray ni frisado,
con camisones de estopa
non de holanda ni labrados;
y sáquente corazon
por el siniestro costado
si non dijeres verdad
de lo que te es preguntado:
si fuiste, ni consentiste
en la muerte de tu hermano.»

Alfonso VI escucha enojado, mas reprimiendo su ira, las frases de Rodrigo; y luego contesta:

«¡Muy mal me conjuras, Cid!
»¡Cid muy mal me has conjurado!
»Porque hoy le tomas la jura
»A quien has de besar mano (18).»

ó como dice el antiguo *Cronicon* del Cid: *Varon Ruiz Diaz, ¿por qué me afincades tanto, ca oy me juramentastes, e cras besaredes la mi mano?*

Destiérrale Alfonso, y el caballeroso prócer al disponerse á obedecer la sentencia,

«magüer que no soy culpado,»

dirígele estas generosas razones

«Membrad vos, rey don Alfonso
»de lo que agora os fablo.....
»que yo fago pleitesía
»á San Pedro y á San Pablo
»de mezclar, Dios en ayuso,
»mi hueste con los paganos
»y si finco vencedor
»poner á vueso mandado
»los castillos y fronteras,
»pueblos, haberes vasallos (19).»

¿Para qué he de continuar analizando los populares romances que cantan al Cid, al valeroso Rodrigo Diaz?

Nótanse en todos ellos dos opuestos caracteres, dos tendencias enteramente distintas: la bravura, la hidalguía, la noble entereza, están vinculadas en el héroe castellano; á Alfonso VI, uno de nuestros mas renombrados monarcas, el conquistador de Toledo, atribúyenle los romanceros antiguos la animosidad, la soberbia y hasta algun tanto de envidia.

Y permítame usted, amigo mio, que le haga conocer una observacion que tengo hecha, desde hace algunos años,—quizá no muy fundada:—el pueblo español, en los tiempos pasados, se complacia en presentar á sus héroes más queridos en abierta pugna con sus naturales señores.

El, en sus romances, nos ofrece á Pelayo, perseguido por Witiza y Rodrigo; á Bernardo del Cárpio, castigado severamente por Alfonso II; á Fernan-Gonzalez, víctima de los monarcas leoneses; á Ruy Diaz, el Cid, desterrado con soberana injusticia por Alfonso VI.

Como si fuesen los reyes, en sentir del pueblo, ora estén cubiertos con el manto de púrpura y armiño, ora vestidos con la cota de malla de los conquistadores, la piedra de toque donde deben probarse los corazones fuertes, los ánimos levantados y generosos.

IV.

Nada más fácil, mi buen amigo, que adivinar al Cid de la leyenda: todos le conocen, desde los más humildes copleros

(16) *Biblioteca, etc.*, rom. 36, pág. 53.

(17) *Biblioteca, etc.*, rom. 37, pág. 54.

(18) Loc. cit.

(19) *Biblioteca, etc.* (edicion de Rivadeneira: Madrid, 1854), rom. 824, pág. 529.

del siglo XIII hasta el ilustre Corneille; desde los poetas de los siglos XV y XVI hasta mi respetable amigo Hartzenbusch y mi querido compañero en LA ILUSTRACION ESPAÑOLA, Fernandez y Gonzalez.

Pero lo difícil, lo titánico, lo casi imposible es descubrir la magestuosa figura del Cid real, del Cid histórico, del verdadero Cid, en fin.

Hé aquí un poblema superior á mis débiles fuerzas, y cuya solucion no cabe dentro de los angostos límites de un artículo, ya demasiado largo.

No hay que buscar al Cid histórico en los *cronicones* contemporáneos, ni siquiera en las *Memorias del Tumbo negro* de Santiago, porque son bien escasas las noticias que allí se encontrarian; no hay que buscarle tampoco en la *Crónica General* de España, tejido absurdo de fábulas en lo que se relaciona con este personaje; ni en el *Cronicon Burgense*; ni en el manuscrito del siglo XV que se guarda en la Biblioteca Nacional; ni en la *Crónica del Cid* que publicó, en 1503, el abad del monasterio de San Pedro de Cardeña, fray Juan Lopez de Velorado,—porque aceptan sin exámen las novelescas patrañas que refiere el autor de la primera; —ni en la obra del P. Berganza, ni en los incompletos estudios del doctor Dozy y del historiador suizo Juan Muller, dados á luz en 1805.

Y la verdad es que la famosa *Historia Leonesa*, descubierta, comentada y publicada con tanta fruicion por el P. Risco, exige un estudio crítico severo y concienzudo, no apasionado é injusto como el del incisivo Masdeu.

En un hecho convienen todas las crónicas, todas las historias, todos los romanceros y poetas, todas las tradiciones populares; en la conquista de Valencia por Rodrigo Diaz de Vivar, el Cid Campeador.

Y este es el asunto del magnífico cuadro, digno de un museo, que hoy admiran los suscritores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA al lado de mi pobre artículo.

El lápiz de usted, amigo querido, ha bosquejado un poema de fiereza, de gloria y de infortunio: esa arrogante figura del Cid que se destaca en primer término, empuñando la triunfadora

«.....Tizona, que mas vale de mil marcos de plata (20), con la expresion altiva del génio de las batallas que hace vibrar en su invencible diestra el rayo de la guerra; esos leones de Castilla que arrancan la victoria á los fieros almoravides; esos atribulados árabes que demandan clemencia y cuyos ayes lastimeros parecen escucharse en sus lábios trémulos.

Ahí no falta ni un detalle, ni un rayo de luz, ni una sombra: como si se viese correr tambien por encima de las lejanas almenas de Valencia el espíritu doliente de aquel santon mahometano que se atrevió á predecir la desgracia y la ruina, en dias mas felices, al desgraciado Al-Kadir, el fugitivo de Toledo:

«¡Oh Valencia! ¡Oh Valencia!
»digna siempre de reinar:
»si Dios de tí no se duele
»tu honra se va á apocar.
. . . .
»¡Oh Valencia! ¡Oh Valencia!
»Dios te quiera remediar
»que muchas veces predije
»lo que agora veo llorar ((21).»

V.

Fuerza será concluir aquí este artículo, á pesar de la facilidad con que se desliza la pluma al través de recuerdos tan gloriosos.

En otro hecho convienen del mismo modo todas las historias, todas las tradiciones y todos los poetas y romanceros: en que el noble prócer castellano, muerto en su querida Valencia, fue conducido á Búrgos, y enterrado en el monasterio de San Pedro de Cardeña, por su digna esposa Doña Ximena.

Alfonso X, en 1272, mandó labrar un sepulcro para que reposaran las cenizas del esforzado caudillo (22).

Hoy, merced á las tormentas revolucionarias que se han desatado sobre nuestra desgraciada pátria, apenas quedan en pie algunas tristes ruinas del venerando templo.

Pero los restos del conquistador de Valencia, trasladados á Búrgos y depositados en la capilla de las Casas Consistoriales, en 1842, se guardan como tesoro de incomparable valía por los leales habitadores de la invicta CAPUT CASTELLÆ.

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

(20) Frase del poema del Cid.
(21) *Biblioteca etc.*, tom. 856, pág. 554.
(22) Puede leerse su epitafio en Risco, *La Castilla, etc.*, cap. XV, página 269.

EL GENERAL LACY EVANS.

Publicamos en el número anterior el retrato de este ilustre militar cuyo fallecimiento en Lóndres han anunciado dias atrás los periódicos, y hoy vamos á recordar en breves líneas la historia de este general inglés tan célebre en los fastos de la desdichada guerra civil de los siete años en España.

Nació G. D. Lacy Evans en Moig el año 1787. Su familia era irlandesa. Dedicado á la carrera militar ingresó jóven aun en la compañía de las Indias, y al volver á Inglaterra obtuvo el grado de teniente de dragones.

Cuando el duque de Wellingthon vino á España á ayudar á los españoles á conquistar su independencia, le acompañó Lacy Evans tomando parte en no pocas acciones.

Sus escelentes cualidades le hicieron ser uno de los designados por el gobierno de su pais para ir á América mandando parte de las tropas que debian operar contra Nueva-Orleans y Washington. En esta campaña de 1814 á 1815, sobre la que publicó un notable opúsculo alcanzó varios ascensos.

Al regresar á Inglaterra fue nombrado ayudante del general Ponsonby, hallándose con él en la memorable batalla de Waterloo, donde conquistó el grado de teniente coronel.

En 1830 representó en la Cámara de los comunes el distrito de Westminster y votó durante el ministerio de los torys en favor de la reforma del Parlamento y de todas las medidas propuestas por el partido radical.

Sus palabras y sus actos indicaban bien claramente que se constituia en defensor de los principios mas liberales.

Hábil político, descubrió desde luego las tendencias de la Rusia á influir en Oriente, y puede decirse que impulsó la guerra que más tarde tuvo lugar en los campos de Crimea. El fue quien hizo que Inglaterra y Francia se entendiesen para contrarestar las aspiraciones del czar.

Apenas ocupó don Pedro el trono de Portugal, desempeñó cerca de su persona una mision diplomática.

A sus cualidades políticas unió las de escritor ilustrado. Consérvanse con estimacion entre otras, dos obras suyas tituladas *Desings of Rusia* y *Fat relating to the capture of Washington*.

Pero su principal carácter, el que le ha alcanzado un puesto entre las celebridades del siglo XIX es el militar.

Cuando el gobierno inglés determinó auxiliar á los liberales contra los partidarios de don Cárlos, envió una legion cuyo mando encargó al general Lacy Evans.

No siempre salió bien de los combates que sostuvo contra los carlistas; pero dejó muy bien sentada su fama de pericia y de bravura en las acciones, asedios y batallas de San Sebastian, Pasajes, Amogasana, Oreamendi, Orzana é Irún.

Terminada la campaña volvio al Parlamento, y en 1846, se pronunció en favor de las leyes prohibitivas en materia de cereales, y se manifestó con nuevo ardor partidario de las más ámplias libertades.

Posteriormente ganó nuevos lauros militares en Crimea, y tuvo el honor de formar parte del consejo de generales que presidió en las Tullerías Napoleon III.

Nombrado par, ha asistido en los últimos años á las sesiones, pero sin tomar una parte activa en los negocios.

Ha fallecido á los 83 años de edad rodeado de la consideracion de sus conciudadanos y del aprecio de la Europa.

LA FE DEL AMOR.

NOVELA

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

IV.

AVARICIA, REVELACION Y CRIMEN.

(CONTINUACION.)

El semblante del Pintado estaba horroroso.

Para él el infame negocio en que se habia empeñado presentaba una nueva faz, una faz inesperada.

Cuando se ha forzado la puerta roja del crimen; cuando se ha contraido la terrible resolucion del asesinato, un paso mas allá, un paso adelante en el terreno del robo, es fácil, es lógico.

Juan el Pintado era avaro: uno de esos avaros, es cierto, que no dejan conocer su avaricia y que son tan comunes: no habia hecho ningun mal negocio porque no habia tenido ocasion de hacerlo: pero no por esto es menos cierto que sentia hambre de oro: si se habia mostrado espléndido con la abuela de su mujer, si la habia sacado de apuros, si con su mujer habia gastado en galas y joyas era porque la pasion sensual que la incitante y espléndida hermosura de Gabriela le habia hecho sentir, se habia sobrepuesto en él á su natural avaricia.

Pero á la vista de aquella otra avara repugnante, que replegada en sí misma, tenia sobre sus rodillas una olla que habia sacado de su escondite y que estaba sin duda llena de oro, el corazon del Pintado se agitó violentamente, su boca se contrajo, sus ojos se dilataron.

Una convulsion poderosa le dominaba.

Su mirada devoraba á la vieja, que seguia cantando de una manera estraña.

El Pintado apretaba convulsivamente la culata de un pistolete.

Sin embargo, no es lo mismo meditar el crimen que cometerle.

Hay un valor horrible: el valor del asesino, y no todos tienen, por malvados que sean los que meditan el crimen, el valor de asesinar.

Espanta desde luego la sangre, y espantan despues las consecuencias.

El Pintado habia premeditado el asesinato de la vieja cometido en tales circunstancias y con tales apariencias, que su responsabilidad cayese entera sobre el maestro de escuela.

El Pintado pretendia vengarse del seductor de su mujer de la manera mas horrible imaginable: haciéndole perecer por la mano del verdugo, infamándole.

Una tal venganza espanta: va mas allá de lo terrible: llega hasta lo monstruoso.

Era cuanto podian hacer el despecho y la rabia.

El pensamiento sólo de esta venganza, da una medida de lo que era Juan el Pintado, y disculparia hasta cierto punto el adulterio de Gabriela, si el adulterio pudiese jamás disculparse.

Un hombre tal como el Pintado debia ser duro y repulsivo y en efecto el Pintado lo era.

Gabriela se habia casado con él muy jóven sin conocer la gravedad de una alianza íntima é indisoluble, sin amar al Pintado, sólo por salir de la miseria y por sacar de ella á su anciana abuela que necesitaba cuidados que no podian prodigársela.

Despues de casada comprendió que su marido se le hacia no sólo antipático, sino insoportable: se amargó su vida, se la comprimió el corazon, la faltó una atmósfera moral en que dilatar su alma, y cuando fue madre hizo del amor purísimo por sus hijos una atmósfera de vida.

Pero el amor de madre, por inmenso, por dominante que sea, no llena el vacío de ese lugar que Dios ha puesto en el corazon de la mujer destinado al hombre, al amante, al esposo del alma: porque el verdadero esposo de la mujer es aquel que su alma elige, y desdichada la mujer que como Gabriela no encuentra el esposo de su alma, cuando es esposa por ante la sociedad y la religion.

Gabriela adoraba á sus hijos con una pasion estraordinaria: pero estaba desarmada contra la seduccion del hombre de su amor, cuando la fatalidad se lo pusiese delante.

Este hombre fue Estéban.

Al verle por la primera vez Gabriela sintió una turbacion que nunca habia sentido, algo nuevo delicioso y doloroso de que por el momento no pudo darse cuenta.

Desde aquel momento el recuerdo del jóven no la abandonó, y este recuerdo fue pasando por todas las fases de la pasion hasta que enloqueció á Gabriela y la hizo arrostrar por todo.

Estéban era un libertino consumado, un jóven corrompido, que nunca habia considerado en la mujer otra cosa que una voluptuosidad.

Gabriela le fascinó desde el momento en que la vió.

Pero Estéban que era muy inteligente, habia visto tambien al Pintado, este le habia causado miedo y se habia contenido.

Pero sin renunciar á Gabriela.

Su magnífica hermosura le embriagaba.

Estéban consideró la seduccion de Gabriela como una de sus más brillantes empresas.

Reservado y dueño de sí mismo, insinuante y sagaz, comenzó por captarse la amistad del Pintado, estudió su carácter, le halagó y llegó á hacerle su grande amigo, á obtener su intimidad.

Estéban acabó por entrar en la casa del Pintado como en la suya propia, no sin grandes celos de don Nicolás, el Caballero, que se veia ensombrecido.

Estéban comprendió que no era ya de dos ojos de los que tenia que guardarse, sino de cuatro.

Se puede muy bien engañar á un marido confiado, pero no se engaña con la misma facilidad á un envidioso.

La seduccion de Estéban fue hábil y larga: nada dijo, nada indicó á Gabriela, nada la dejó apercibir hasta el momento oportuno: cuando ya Gabriela habia enloquecido.

Aquellos amores criminales no fueron apercibidos de nadie, ni aun de don Nicolás el Caballero: los amantes eran prudentes y entrambos tenian un gran dominio sobre sí mismos: su triste felicidad se ocultaba en un misterio profundo, y si es verdad que se murmuraba en el pueblo, era por malicia, porque el ser humano ha de murmurar de su semejante, no porque hubiese la menor razon ostensible para aquellas murmuraciones.

El Caballero tomaba una gran parte en ellas, pero nada podia denunciar, porque nada veia.

—Son unos hipócritas, esclamaba, y el Pintado un tonto, pues no ve que el maestro de escuela no va á ninguna parte tanto como á su casa, y que no debe ser ciertamente por su bella cara.

En fin, no pudiendo probar nada, la calumnia prescindió de la prueba, y dió por amantes á Estéban y á Gabriela.

Estéban estaba de moda por la única razon de que le queria la mejor moza, la reina del pueblo, y el Pintado en ridículo.

Las señoras se disputaban una sonrisa ó una galantería de Estéban, y los señores le tenian entre ojos.

Habia conspiraciones á causa de él en su favor y en su contra.

El Pintado no sabia nada, porque nadie se atrevia á ponerle, como suele decirse, el cascabel al gato.

Pero llegó un dia en que el Pintado vió.

Este dia fue aquel en que Gabriela tuvo celos.

El dia en que Estéban se enamoró por la primera vez de su vida.

Gabriela que habia sabido ocultar su amor, no supo ocultar su despecho, su rabia.

El Pintado leyó en un momento en el semblante de su mujer su alma entera.

Y se contuvo á pesar de que la herida habia sido imprevista, insoportable, mortal.

Disimuló su rabia, como ellos habian disimulado su amor.

Observó y sorprendió.

Ya sabemos lo que hizo: comprendió que si despues de conocer y de sentir su desgracia, continuaba viviendo con su mujer, sobrevendrian momentos de dolor agudo, de desesperacion horrible, que le arrastrarian á esterminarla, y el Pintado no queria esterminar á su mujer: el que muere descansa, no siente: era necesario que Gabriela probase los efectos de una venganza inaudita, espantosa: era necesario que fuese suya como una esclava, aterrada, despreciada, castigada, de la cual por un refinamiento de crueldad y de infamia, no se toma mas que la hermosura.

Era necesario que satisfecha el alma del Pintado con esta venganza, ella protegiese la vida de Gabriela.

Y era necesario tambien que esto no lo comprendiese nadie.

El Pintado cubrió, como sabemos, con un pretesto, la ausencia de Gabriela de su casa, y desde aquel momento empezó á meditar los medios de vengarse.

Le ayudaron, le inspiraron los desgraciados amores de Estéban y de Elena.

El Pintado lo sabia todo: Estéban, á quien seguia tratando con una grande intimidad, con una gran confianza, hasta el punto de llevarle consigo á Alcorcon cuando iba á visitar á Gabriela, le habia hecho su confidente: el odio que habia nacido entre doña Eufemia y Estéban, odio que conocia todo el pueblo, le inspiró la manera de vengarse.

La fatalidad le ayudaba.

El mismo dia en que se habia decidido á cometer su crímen, una gran cuestion entre la vieja y el maestro de escuela, una cuestion pública parecia como enviada á propósito por una divinidad siniestra.

A pesar de todo, del largo tiempo de la premeditacion, de la rabia, de la desesperacion fermentadas en el alma, tal vez en el momento de terminar su horrible obra le hubiese faltado el valor del asesinato.

Temblaba y estaba frio en el momento de saltar la tapia del huerto de su víctima.

¡Pero aquel oro! ¡la avaricia unida á la venganza!

La fatalidad continuaba su obra.

. . . .

La vieja seguia cantando con voz cascada y trémula y balanceando su cuerpo como si hubiese mecido un niño.

Al mismo tiempo metia las dos manos en la olla.

Un ruido metálico, sonoro, tentador embriagaba mas y mas al Pintado.

La vieja sacó de la olla una gruesa gargantilla de perlas y se la puso.

Sacó una diadema de brillantes y se la colocó sobre los cabellos encrespados, ralos, de un cano pajizo como el del lino podrido.

Se colgó de las orejas unos magníficos pendientes.

Se llenó los descarnados dedos de sortijas.

Luego del mismo ángulo de donde habia sacado la olla, levantó un objeto.

Era un pedazo de espejo.

Doña Eufemia se miró en él con delicia.

La embriaguez subia rápidamente á la cabeza del Pintado: se condensaba.

Y la vieja continuaba mirándose en el pedazo de espejo.

Su canto se habia hecho más gutural, más cadencioso, más monótono.

Aquella era la locura de la sordidez; la adoracion del oro.

Luego doña Eufemia dejó el espejo y se puso á pasar, á repasar, á revolver, á acariciar onzas de oro.

Hubo un momento en que entre las piezas de oro salió una pequeña cartera mugrienta.

Doña Eufemia la abrió y sacó un papel envuelto.

Le miró, hizo una mueca de desden y de desprecio, guardó el papel de nuevo en la cartera, arrojó esta en la olla, y siguió pasando y repasando onzas.

—¡Oh! ¡oh! dijo el Pintado: aquí hay un misterio y es necesario que yo lo descubra: ¿pero á qué aguardo ya? ¿gritará al verme? si grita... ¡oh! si grita, no gritará mas que una vez: ademas es vieja y débil y no pueden oirla.

Entró.

Aunque habia entrado sin cuidar de apagar el ruido de sus pasos, la vieja no le sintió.

Estaba abstraida con la adoracion de su tesoro.

—Buenas noches, abuela, la dijo el Pintado.

Doña Eufemia levantó la cabeza en este instante, vió delante de sí un fraile azul, con la capucha echada sobre los ojos, y no gritó, porque el terror habia ahogado su voz: pero abrazó instintivamente la olla, la cubrió con su cuerpo, y permaneció trémula, horrible, desencajada, fijando una mirada de espanto en aquella fantasma azul.

Todas las agonías de todos los condenados no son comparables á la agonía que esperimentaba doña Eufemia.

De improviso rompió á chillar de una manera aguda, inarticulada, espantosa, y se estrechó mas contra la olla.

El fraile habia avanzado, y habia asido á la vieja de un brazo.

—¡Suelta eso, bruja! habia esclamado el Pintado: eso es mio.

—¡No, no, no! ¡esto no es tuyo! ¡esto es mio! ¡esto es mi alma!

—¿Y para qué quieres tú eso si vas á morir! esclamó roncamente el Pintado.

—¡Morir! ¡morir! ¡yo no quiero morir! ¡ah! ¡te envia él! ¡él! ¡el asesino! ¡para casarse con ella! ¡con ella, la mala hija! ¡ah! ¡socorro! ¡socorro! ¡vecinos! ¡ladrones!

Pero la voz de la vieja era muy débil: no podia llegar hasta las habitaciones que estaban lejos: sin embargo, por un acaso podia pasar alguien.

El Pintado tuvo miedo, y echó mano al cuello de aquella desdichada.

—¡Ah! ¡no me mates! ¡no me mates! dijo, y yo te daré mas, mucho mas que todo esto que hay aquí: ¡mas! ¡mucho mas! ¡millones!

—Las alhajas que tienes encima son ya un tesoro, esclamó con voz lúgubre el Pintado.

—¡Oye! ¡oye! ¡tú verás: ¡tú me darás luego las gracias! ¡no me mates! ¡yo no quiero morir!

Y la pobre vieja se echó á llorar.

—Bien, veamos, dijo el Pintado dejando de asirla la garganta: ¡pero no grites! no grites porque te ahogo.

—No, no, no gritaré, dijo doña Eufemia en un estado de escitacion y de terror indefinibles: ¡pero tú no serás cruel! tú dejarás la vida á una pobre anciana que ningun mal te ha hecho: ¡sí, sí! ¡yo consiento en que se casen!

—¡Qué se casen! ¿qué tengo yo que ver con esto?

—¡No conoces tú á Elena!

—No.

—¡Oh, Dios mio! esclamó con ansiedad la vieja: mira, mira: Elena es una jóven por lo que te dará mucho dinero.

—Pues qué, ¿las mujeres se venden?

—Ella no es mi sobrina... no... ¡escucha!

—Acabemos pronto.

—¡Oh, Dios mio! óyeme: tú no sabes: mira..... mi hermano era cirujano romancista y comadron: un dia fué á buscarle un caballero: se encerró con él y estuvieron hablando mucho tiempo: luego salieron juntos... mi hermano no volvió hasta pasadas veinte y cuatro horas: traia un ama de cria con una niña reciennacida.

—¿Y qué me importa á mí eso? esclamó furioso de impaciencia el Pintado, aunque escuchaba con toda su alma.

—Es que esa niña es Elena.

—¡Y qué!

—Mi hermano me dijo que le habian confiado aquella niña, que era hija de una señora enmascarada, á la que habia asistido: luego mi hermano sacó un cofrecillo de debajo de su capa, un cofrecillo en que estaban las alhajas que yo tengo puestas.

—Guarda eso, me dijo: eso es de la niña.

Pregunté á mi hermano y no me dijo mas que:

—Yo voy á reconocer esta niña como hija natural mia.

—¿Pero es hija tuya?... le pregunté yo.

—No, me dijo, no me preguntes mas: he jurado un profundo secreto.

Durante seis años nada sucedió.

A los seis años llegó una carta con una letra de tres mil duros á la órden de mi hermano.

La carta decia únicamente: «Para Elena.»

Y asi, durante seis años, vinieron por el mismo tiempo tres mil duros.

Mi hermano los cobraba en onzas de oro y los guardaba.

Todo este dinero está aquí, todo, menos el que se ha gastado en la educacion de Elena.

—Y bien, ¿y qué? dijo el Pintado.

—¡Espera! ¡espera! no lo he dicho todo todavía: hace seis años dejaron de enviar dinero.

No han vuelto á enviar mas.

Pero hace un año yo leí por casualidad en un pedazo de periódico, que habia venido envolviendo azúcar:

«El que posea la media carta que se copia á continuacion puede poner sus señas en un anuncio de este periódico.»

Y bien, añadió la desventurada, buscando con mano trémula la carta y abriéndola con un ansia febril: esa media carta está aquí: yo la encontré entre los papeles de mi hermano.

El Pintado leyó aquella media hoja de papel que aparecia como cortada por unas tijeras.

Decia asi:

desventurada madre pueda
hija que confía á un
la Providencia; la
reconocimiento será la
ta y una cicatriz en la
brazo izquierdo, sobre
Elena: nació el 25 de
836

—¡Y bien! ¿y qué? dijo el Pintado despues de haber leido.

—Este secreto puede hacerte rico.

—¿Y por qué no te has hecho mas rica de lo que ya lo eras tú?

—¡Ah! ¡ah! ¡no! ¡no! ¡yo no puedo!

—¡Tú no esperabas nada! tú temias perder.

—Era que yo habia hecho trabajar á Elena: era que yo la habia tratado mal y tenia miedo...

—Quítate esas alhajas, dijo el Pintado.

—¡No, no!

—¡Quítatelas! añadió el Pintado asiendo á doña Eufemia con furia.

La infeliz luchó.

La lucha aunque débil, hizo caer la capucha de sobre el semblante del Pintado que habia desfigurado su voz enronqueciéndola, haciéndola lúgubre.

—¡Ah! ¡eres tú! exclamó con un terror supremo doña Eufemia: ¡tú! ¡el marido de Gabriela! ¡ya no tengo esperanza! tú me has oido decir esta tarde que si me pasaba algo malo el culpado sería él... tú te quieres vengar de él haciendo caer sobre él mi muerte. ¡Socorro, Dios mio! ¡Perdon! ¡Santa madre de Dios!

La infeliz no pudo decir mas: el Pintado habia logrado al fin asirla del cuello y la ahogaba.

(Se continuará.)

M. Fernandez y Gonzalez.

CITAS, TESTOS, MULETILLAS, ALUSIONES,

REFRANCICOS, SENTENCIAS Y OTRAS ZARANDAJAS.

Pensando he estado largo tiempo qué epígrafe poner á estos desaliñados renglones que voy á borrajear para La Ilustracion Española y Americana; porque no querria yo que apareciese como crítica de los otros, y censura de peca-

SUCESOS DE PARIS.—Mr. Flourens arengando al pueblo en la barricada del Temple.

dos agenos, lo que va á fundarse en una confesion general de los mios, dirigida, eso sí, á precaver á los que me leyeren contra un vicio en que yo tambien he incurrido en los años de la petulante juventud, no obstante los consejos que en la niñez me dió mi buen padre, que como suele suceder con todo lo bueno, me duró poco.

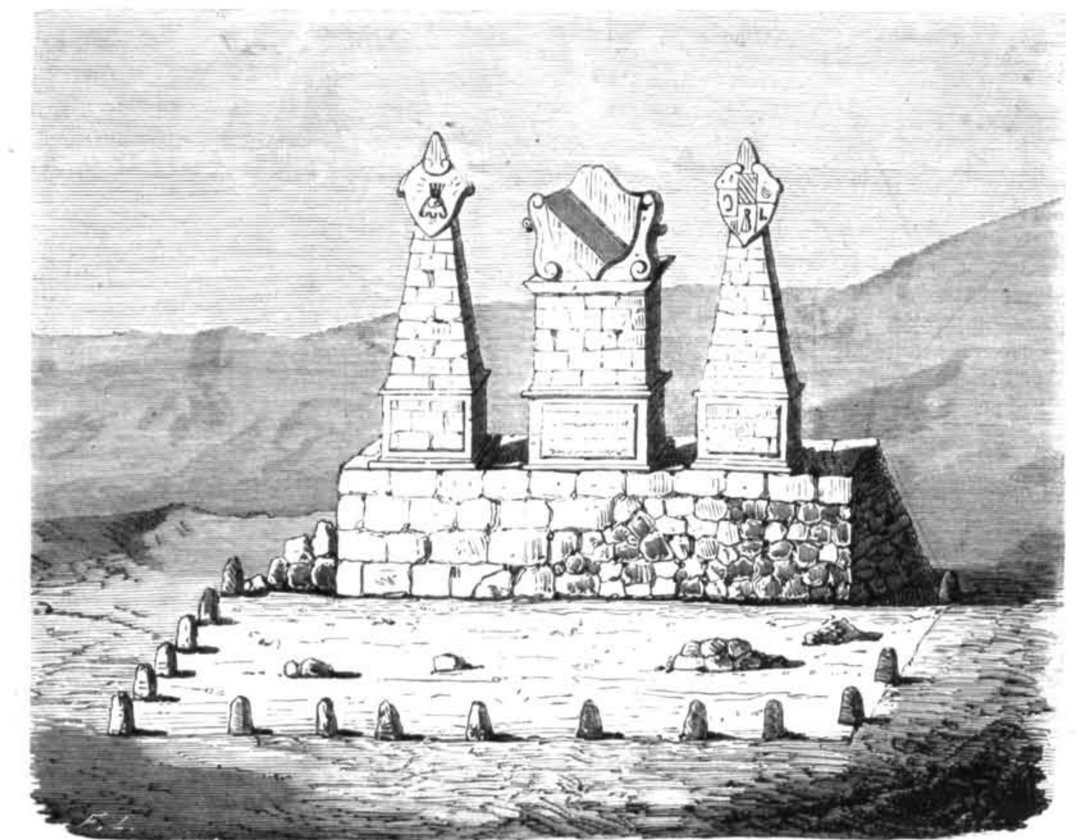
—«Nunca refieras cosa alguna, solia decirme, sin estar enterado de los pormenores, y distinguiendo lo que sepas de cierto de con lo dudoso; lo que hayas visto tú mismo, de lo que te hayan contado. Nunca pases adelante en una lectura sin averiguar y desentrañar vocablo ó frase que no entiendas. Nunca cites de memoria, ni en fe de lo que otros citaren, si por ti mismo no has comprobado la cita. No te fies de proverbios, máximas, reglas ni sentencias, por muy autorizadas que te lleguen, sin someterlos antes al crisol de la razon y de la buena crítica.»

La experiencia me ha demostrado lo sano de estos consejos; pero ¡ah! ¡cuántos desaciertos no he cometido antes de hacer la experiencia! ¡Cuántos disparates no he dicho y escrito! ¡Cuántos tapa-bocas y mentís no ha llevado mi ligereza antes de haber aprendido á no meterme en lo que no entiendo, ni hablar de memoria, ni como suele decirse, por boca de ganso!

Yo, por ejemplo, he dicho y repetido eso de que «el corazon español siempre es noble,» hasta que caí en la cuenta de que en todas partes hay corazones nobles y plebeyos; que la buena educación es la que inspira los nobles sentimientos; que España es el pais clásico del ocio, de la envidia y de las corridas de toros, tres contradictores tremendos de esa decantada nobleza del corazon.

Yo he celebrado mucho el dicho célebre de que «en los dominios del rey de España nunca se ponia el sol,» hasta que caí en la cuenta de que eso no prueba que fuesen muy vastos, sino que estaban en diferentes longitudes geográficas. Cualquiera que posea cinco palmos de tierra situados á conveniente distancia en el mismo paralelo, puede tener igual jactancia.

Yo, siguiendo la general costumbre, he dado consejos á los enfermos; y he hablado de *humores*, y de *irritacion*, y de *desahogarse la naturaleza*, y de *dolores nerviosos*; y he recomendado medicamentos; y he prescrito otros; y he dicho que era muy enfermo calentar la cama, y que el beber vino antes de la sopa preparaba bien el estómago, y sobre todo, he proclamado que los médicos eran unos ignorantes. Hasta que una noche se me apareció mi padre en sueños, y me afeó mi necedad; y me preguntó, sin que yo acertase á responderle, qué eran humores; y cómo definiria yo la irritacion; y por dónde y de qué, y de cuál manera se desahogaba la naturaleza; y qué era naturaleza; y qué era desahogarse; y cómo, siendo los nervios órganos de toda sensacion, podia haber dolor que no fuese nervioso; y en qué modo podia no ser sana la



SOLAR DEL CID, EN BURGOS.—(Copia del natural.)

EPISODIOS DE CAZA.



—Pues señor, yo estoy cierto de haber muerto la liebre, pero el animalito no parece.. ¡Si sería gato y se habrá aprovechado de la segunda de sus siete vidas!...



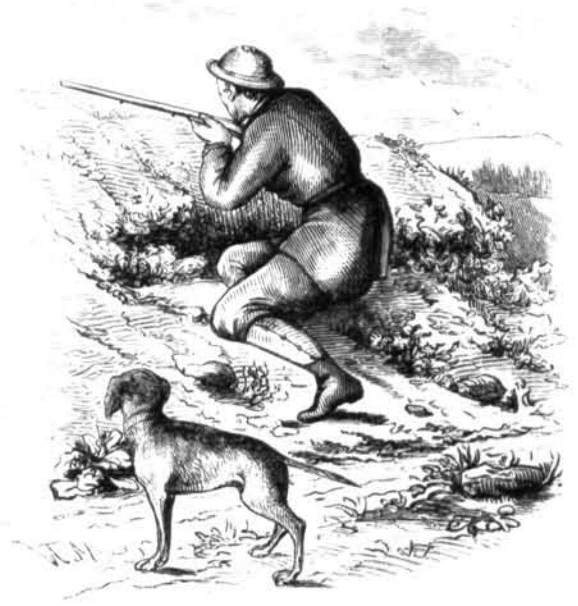
—Se tú al menos testigo, mi fiel compañero, de que la liebre ha resucitado.



—Allí bajo la veo.. .. de esta hecha no hay duda, *cojo la liebre.*



Mientras el amo observa, el perro falta al respeto á la escopeta.



Razon por la cual no sale el tiro:

—Ya sé en lo que consiste, esclama el cazador... el relente ha humedecido el piston.



Tres horas hace que esperan, el amo de rodillas y el perro sentado. ¿Cuál de los dos es más sabio?



—De esta hecha los mato; es mi último cartucho.. .. á la una, á las dos...



—¡Se han escapado!.. habrá tunos.. Ahora que saben que no me quedan municiones se ponen á tiro



El cazador. ¡Cómo ha de ser, paciencia!... volvamos al hogar.

El campesino. Vamos á hacer feliz á ese cazador vendiéndole unas cuantas piezas para que se dé tono con ellas.

cama caliente, cuando lo que hay de más enfermo es un cambio rápido de temperatura, etc., etc. En resolucion, yo desperté tan azorado de aquella pesadilla, que desde entonces me dí á estudiar libros de fisiología y de anatomía, y hasta de patología; y antes y despues otros de ciencias auxiliares; de lo que vine á sacar en claro que, aun enmendada así un poco mi ignorancia, todavía quedaba yo más ignorante, no ya que los médicos, sino que el último practicante del mas desordenado hospital de España.

Largo sería el relato de todas mis faltas cometidas por no haber escuchado los consejos paternales; por hoy pienso ceñirme á los dos últimos, y hacer ver cuán general es el achaque de citar á bulto y fuera de propósito: general, digo, en todas partes, pues cuando yo me disponia á sermonear por él á mis compatriotas, veo que hay en paises extranjeros volúmenes escritos con el mismo fin. Trasladaré aquí con este propósito algunos de mis apuntes, y perdónenme los lectores de LA ILUSTRACION, si lo hago en estilo poco literario é impropio de la crítica: yo soy mal crítico y pobre literato, y ya se sabe que *el estilo es el hombre*.

¡Adios! ¡ya empiezo yo tambien á citar!—Pues ya que se me escapó la cita, no hemos de pasar adelante sin comprobarla. Muchos son los que la repiten copiándola unos de otros, y pocos los que saben que la susodicha máxima es de Buffon; pero es el caso que puede recorrerse alguna edicion de las obras completas del grande escritor (y nótese que no digo gran naturalista porque no lo era) sin encontrar semejante frase. En su discurso de recepcion en la Academia fue donde dijo una cosa parecida: «Las obras bien escritas (son sus palabras) serán las únicas que pasarán á la posteridad.»—Trata luego del asunto de las obras y de los conocimientos que en ellas muestran los autores, y añade: *Ces choses sont hors de l'homme, le style est* DE *l'homme même*. «Estas cosas son como exteriores al hombre (*objetivas* hubiera dicho un moderno), *pero el estilo es* DEL *hombre mismo* (ó como si dijéramos *subjetivo*).—Esa preposicion *de*, que en francés puede tener cierto matiz no perceptible en castellano, y que á mí me parece, con perdon de M. Philarète Chasles (1), propia del *estilo de Buffon*, dieron en decir, por sugestion de este mismo crítico, que era una mera errata, y como tal ha desaparecido en otras ediciones. De todas maneras, lo que queda son estas palabras: «*El estilo es el hombre mismo*»; así es como deberíamos repetirlo; cuando se cita no creo que hay derecho para alterar el texto en un ápice. Dicho esto, vuelvo á mi tema.

La manía de citas latinas ha caido un poco en desuso desde que no estamos tan familiarizados con nuestros clásicos, ni se cultiva tanto aquella lengua. Sin embargo, suelen descolgarse algunos escritores con sus latinicicos, y mejor ventura les dé Dios que la oportunidad y el tino con que lo hacen. No hablemos de lo disparatadamente escritos que aparecen los textos: achaquémoslo á yerro de imprenta, ya que pasaron los tiempos de los Ibarras, los Sanchas, los Aguados, en cuyas casas no entraba ni corrector ni regente que no fuese buen latino: pero ¿qué latinidad han de saber los que hoy escriben y los que imprimen con viciosa ortografía castellana: *ex-pontáneo*, *ex-pectador*, *ex-pirar*, *ex-pejismo*, *ex-h-orbitante*, *ex-h-ornar*, etc., etc.? ¿Podrian, sabiendo latin, incurrir en tal desacierto?

Prescindamos, pues, de la ortografía y de esas *equis* y *haches* importunas; y vamos á otra cosa, empezando por indagar qué querrán decir los que nos preguntan á cada triquitraque «*Quare causa?*»—Verdad es que *quare* se traduce en nuestro interrogativo ¿*Por qué*?—Pero cuando nosotros decimos «¿Por *que* causa?» este *qué* es muy diferente del otro *qué*: equivale á *cuál*, como si dijéramos por *cuál* causa?—Mas como en el *quare* latino no entra la idea de *cuál*, que consienta la adicion de un sustantivo, el que pregunta *Quare causa?* se expone á que le respondan: «Porque no sabe usted latin ni castellano.»

Tambien es muy de moda, y todas las oposiciones se la han arrojado á todos los ministerios, aquella frasecica sentenciosa de *Quos Deus vult perdere, priùs dementat.*»—Vamos á cuentas. Todo lo que he podido averiguar sobre el particular es que Eurípides escribió en su lengua esa máxima en estos términos: *Otan de daimon andri porsyne.....* No me atrevo á continuar copiando, lo primero, porque me acuerdo del don Hermógenes de Moratin, y recelo si pensarán mis lectores que mi objeto es persuadirlos de que yo soy helenista; lo segundo, porque sigue aquí una palabra formada por un *kappa* y un *alpha* repetidos: vocablo que representado en caracteres romanos hace muy fea figura á los ojos españoles. Este pensamiento hubo de ponerle en circulacion algun autor moderno traduciéndole á un latin medianito, como lo prueba ese verbo *dementat* que sospecho no les hubiera ocurrido á Varron, Ciceron, ni Quintiliano; pero el *daimon* le interpretó por *Júpiter*, lo cual proporcionó á otro citador mas listo... el forjar un verso yámbico en esta forma:

«*Quos vult Jupiter perdere dementat priùs.*»

Pasó los Pirineos la maximilla, y sin duda en la aduana, donde tantas cosas se echan á perder, la estropearon volviéndola á poner en prosa y substituyendo *Deus* en lugar de *Júpiter*; lo cual me atreveria yo á indicar que me huele á blasfemia porque no creo que Dios quite á nadie el juicio expresamente para que cometa desmanes é injusticias.

Tal es la historia de la tan manoseada cita: mientras se me prueba lo contrario, voy á presentar aquí otra no menos traida y llevada. ¿Quién no ha repetido mil veces, desde el Tato hasta el general Prim aquello de: *audaces fortuna uvat*?—Pues si se les pregunta á muchos de dónde han sacado eso, á fé que se han de ver apurados para contestar. Yo les ayudaré diciendo: que en el verso 284 del libro X de la Eneida es donde se encuentra en boca de Turno un *audentes fortuna juvat*, cuando arenga á los suyos para impedir el desembarco de Eneas. La máxima me parece más sana en esta forma: *audentes* es mejor que *audaces*, porque este último se toma en mala parte. Alabanza es decir de uno que es *intrépido*: por vituperio se tomaria llamarle *audaz* (y ahí va de paso ese articulillo de sinónimos que regalo á ustedes *par dessus le marché*). No ignoro que corre por ahí un *timidosque repellit*, que suena á complemento métrico del *audaces fortuna juvat*: pero si ignoro de dónde ha salido, y no es esta la única ignorancia que habré de confesar si nuestra conversacion se alarga. ¡Ay! si mi difunto padre me viera tan humilde! no podria menos de exclamar: ¡*Quantum mutatus ab illo!* Y censurando mi prurito de censurar á otros me recordaria aquello de: *Homo sum; humani nihil à me alienum puto.....* Pero voto al chápiro! ¡Pues no acabo de dar flojas pifias! Y que son tres por lo menos.—Pifia n.° 1: incurrir como tantos otros en la mutilacion de estos versos del libro II de la Eneida (274-75) que dicen:

Hei mihi, qualis erat! quantum mutatus *ab illo*
Hectore, qui redit exuvias indutus Achillis..... etc.

Pifia 2.ª: imaginar que mi pobre padre, siendo tan buen latino, habia de torcer, como suele hacerse, el recto sentido del *Homo sum*, etc.—Tercera, y no sé si última pifia: Sacar yo esta cita á plaza sin saber bien á buenas de quien es el hexámetro.—Vamos por órden.

La acostumbrada manera de usar la cita es en efecto una mutilacion. *Quantum mutatus ab illo!*: *cuán diferente de aquel!* ¿Qué quiere decir eso? Y sobre todo ¿qué tienen de extraordinario ni la expresion ni la idea, únicas causas racionales de las citas, para ir á tomársela prestada á Virgilio? ¿No sabemos nosotros decir sin él que un hombre está muy mudado ó diferente de lo que ser solia? Además, con perdon sea dicho del gran poeta, yo no encuentro nada de particular en que el señor Hector saliendo del sepulcro

Squalentem barbam, et concreto sanguine crinis,

«con la barba sucia y borrascosa, y los cabellos pegajosos con sangre,» estuviera muy diferente de cuando volvia triunfante y cargado con los despojos de Aquiles. Pero á tales absurdos conduce el absurdo de citar, y de tomar unos de otros las citas, sin ejercicio del propio criterio.

Mi segunda pifia ha consistido en suponer que mi padre habia de desnaturalizar, como generalmente se hace, el verso

Homo sum: humani nihil à me alienum puto.

Lo más comun es interpretarle de esta manera: «Yo soy un hombre igual á los demás, y como tal, me considero tan bueno para un barrido como para un fregado,» pues no es eso: *nihil à me* ALIENUM *puto*, quiere decir: «nada de lo que pertenece al hombre me es indiferente.»—Es la idea que ahora se llamaria de mancomunidad, ó como dicen los galicistas, *solidaridad* de la especie humana.

En fin, para enmendar mi tercera pifia, he hecho indagaciones, y me encuentro con que ese humanitario verso que tantas veces he citado yo mismo sin saber el autor, es el 28 de la escena primera del primer acto de una comedia de Terencio, cuyo título ruego á los cajistas que compongan con sus cinco sentidos y es nada menos que

El *Heautontimorumenos*,

ó sea hablando en cristiano «El atormentador de sí mismo.

Con esta palabrota concluyo mi charla de hoy: si otro dia tenemos tiempo, proseguiremos desmenuzando otras manodas citas y lugares comunes, como el *Ya no hay Pirineos* de Luis XIV, el *Lasciate ogni speranza* del Dante; el *To be or not to be* de Shakspeare, el *Alea jacta est* de César, el *Nihil sub sole novum* de la Escritura, el *Nascetur ridiculus mus* de Horacio, el *Cedant arma togæ* de Ciceron, el *Eureka* de Arquímedes, el *A moy ucergne* á que aludió hace poco un discretísimo redactor de LA ILUSTRACION, y por último otras cien y cien cosas muchas veces repetidas y pocas analizadas.

Si esta investigacion ó pesquisa parece importuna á mis lectores, no tienen más que pasar de largo cuando vean un artículo con el mismo epígrafe que el presente, y firmado por

A. M. SEGOVIA.

(1) Célebre crítico, sobre cuya profundidad tengo yo acá mis dudas.

ALBUM POETICO.

LAS AZUCENAS DE INVIERNO.

(F. Á M.)

I.

Ricos en luz esplendente,
precursores de alegría,
hoy para tí dulcemente
por las puertas del Oriente
entran el año y el dia.
Y yo que tu gozo veo,
de la paz sabroso fruto,
dando rienda á mi deseo
quiero rendirte un tributo
de mi esclavitud trofeo.
Mas, aunque tierno te adoro,
no con perlas ni con oro
mi fe deslumbrarte quiero,
que es efímero tesoro
riqueza que pasa y muere;
Sino con lozanas flores,
flores de belleza suma
que ostentan vivos colores
de diciembre entre la bruma,
de enero con los rigores.
Ellas, que calman mis penas
con puro verdor eterno,
de aroma inefable llenas,
son cándidas azucenas
que burlan el crudo invierno.

II.

Dice tu labio que rie:
«¿Cuál flor un gérmen encierra
que así al tiempo desafíe?
¿Puede haber dichosa tierra
que tales prodigios crie?
«¿Dónde hay lluvia refrescante?
¿Dónde está el aura de mayo
que las acaricie amante?
¿Les manda el sol con su rayo
grato calor fecundante?
«¿Qué genio vestirlas debe
de aquel virginal decoro
que me embelesa y conmueve?
¿Quién da á sus estambres oro?
¿Quién á sus pétalos nieve?»
Y mi labio te responde:
«Si bellas te satisfacen,
en tu seno las esconde;
y no inquieras dónde nacen,
que no has de acertar en dónde.
»Pero... ¡mi secreto es vano!
Si tu corazon inquieto
quiere saber tal arcano,
pon sobre el pecho la mano
y él te dirá mi secreto.»

III.

Hijas de la primavera,
las azucenas adoras;
mas viendo cuán pasajera
es su beldad hechicera,
presto con angustia lloras.
Las que yo voy á ofrecerte
brotan en region tan pura,

tal dominan á la suerte,
que en su aroma y galanura
no tiene imperio la muerte.
Al calor del pecho mio
viven en casta inocencia;
y el llanto les da rocío,
y el amor les da su esencia,
y Dios las bendice pio.
Esas flores que los ojos
no ven, y en mi seno crecen
como el lirio en los abrojos,
y en infortunios y enojos
consuelo y solaz me ofrecen:
Esas flores... sin aliño
mas de belleza portentos,
y puras como el armiño...
son... ¡los dulces sentimientos
que engendra en mi tu cariño!

ANTONIO ARNAO.

ANTE UNA TUMBA.

BALADA.

I.

En ti concluye la miseria humana.
La dulce dicha que al mortal afana,
la gloria y el amor,
átomos son que lleva raudo el viento,
y que van á perderse en un momento,
de una olvidada tumba entre el verdor.

Como del árbol caen las hojas secas,
así caerán en esas tumbas huecas
los que hoy riendo están,
y los que gimen entre amargo llanto...
¡que si en ti del placer muere el encanto,
tambien en ti las penas morirán!

II.

En ti se acaba el padecer del hombre...
En tu sola mansion se olvida el nombre
del que al mundo asombró...
¿Por qué hay locos que van tras de la gloria,
si muere del pasado la memoria
como el humo que el aire arrebató?...

¡Nuestra pobre existencia va de huida!
¡No hay que contar las horas de la vida...
que todas pasarán!
Dure el placer siquiera una mañana.
¡Las ilusiones de la vida humana,
cuando la tarde muera morirán!

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

NECROLOGIA.

Don Domingo Dulce y Garay, teniente general de los ejércitos, condecorado con diferentes órdenes, y Capitan general que fue de la Isla de Cuba, muerto en Amelie-les-bains (Pirineos), el dia 23 de Noviembre.

Don José Costa y Pano, coronel de infantería retirado, muerto en Madrid el dia 28 de Noviembre.

Don Francisco Javier Giron y Ezpeleta, duque de Ahumada, creador del Cuerpo de la Guardia Civil, teniente general desde 1840, muerto en Madrid en 18 de Diciembre.

Don Ramon Ugarte y Palmares, coronel de ingenieros retirado y ex-diputado á Córtes. Falleció en Madrid el dia 23 de Diciembre.

ESCRITORES Y ARTISTAS.

Don Aquiles Campuzano, redactor y colaborador que fue de los periódicos *El Reino* y *La Epoca*. Murió en Santander en los primeros dias de Febrero.

Don Matías Sangrador y Víteres, natural de Valladolid y autor de una concienzuda Historia de la provincia. Muerto en 21 de Abril.

Doña Amalia Fenollosa, poetisa valenciana, esposa que fue del director del *Diario de Barcelona*.

Don José Bellver y Collazos, notable escultor, pensionado que fue en Italia y académico electo de la de Nobles Artes de San Fernando. Entre sus obras deben citarse un *Descendimiento* en bajo-relieve y *Matatías sacrificando á un idólatra*. Murió en Madrid en 11 de Mayo.

Don Juan Carrafa, grabador en cobre y autor de una coleccion de *Trajes de las provincias de España*. Murió en Madrid en 20 de Junio.

Doña María Juana Quintana y Medina, escritora religiosa, autora entre otras obras de una *Historia de la Virgen de la Almudena*. Murió en Madrid en 25 de Junio.

Don Manuel Pardo Dominguez, director del periódico *La Paz* de Lugo, muerto en los primeros dias de Julio.

Don Juan Antonio Viedma, poeta lírico y periodista, muerto en la Habana el dia 3 de Agosto. Entre sus obras se cuenta un libro de poesías, titulado *Cuentos de la villa*.

Don Julian Sanz del Rio, filósofo y profesor de la Universidad Central, muerto en Madrid el dia 12 de Octubre. Figuran entre sus obras el *Ideal de la Humanidad*, de Krause, traducido y anotado; la *Historia Universal*, de Weber, traducida y ampliada en la parte relativa á España y otras sumamente apreciables.

Don Pedro Pruneda, redactor del periódico *La Discusion*, muerto en 12 de Octubre.

Don Salvador Costanzo, escritor italiano, naturalizado en España desde 1837. Muerto en 17 de Octubre. Son sus trabajos principales una concienzuda *Historia universal*, dos colecciones de estudios y artículos con el título de *Música celestial* y *Música terrenal* y su obra *Nuevos principios del derecho social*.

Don José Balaca, pintor de historia, muerto en Madrid en 19 de Noviembre. Su principal obra fue un gran marfil con los retratos de los alabarderos que defendieron el regio alcázar en la noche del 7 de Octubre de 1841.

Don Angel Diaz Pinés, pintor, muerto en 24 de Noviembre.

Don Agapito Francés, pintor de historia, muerto en Roma en 28 de Noviembre. En el Museo Nacional se conserva de su mano una *Concepcion*, á la aguada.

Don Bonifacio de Sotos Ochando, diputado que fue en las Córtes del año 1820, emigrado despues en Francia, donde fue preceptor de los hijos de Luis Felipe, y consagrado en los últimos años de su vida á la formacion de una lengua universal. Murió en Muneta (Albacete) en los últimos dias del año, dejando entre otros trabajos relativos á su idea una filosófica *Gramática de la lengua universal*.

FUNCIONARIOS DEL ÓRDEN JUDICIAL Y DEL ADMINISTRATIVO.

Don Isidoro Gutierrez de Castro, gobernador de Burgos, asesinado dentro de la catedral de dicha poblacion en 25 de Enero.

Don Nicolás Peñalver y Lopez, ministro del Tribunal Supremo de Justicia, muerto en 26 de Enero.

Don José Echegaray, individuo de consejo de Agricultura, Industria y Comercio, y catedrático de Agricultura. Muerto en 30 de Enero.

Don José María Vazquez Queipo, regente cesante de la Audiencia de Puerto-Rico. Falleció en 6 de Febrero.

Don Mariano Peralta y Horte, magistrado de la Audiencia de Barcelona, muerto en 7 de Febrero.

Don Francisco Sapiña y Rico, presidente de Sala que fue de la Audiencia de Albacete: comendador de número de Isabel la Católica. Murió en 7 de Febrero.

Don Manuel del Alcázar y Arras, intendente de provincia, jubilado. Falleció el 10 de Febrero, á la edad de 84 años.

Don Joaquin Gonzalez Huet, cónsul cesante, caballero del Hábito de Santiago, muerto en Montilla el dia 11 de Febrero.

Don José de Zaragoza, gobernador que fue de Madrid.

Don Juan María Rodriguez y Zurita, ministro honorario del Tribunal de Cuentas y ex-diputado á Córtes. Murió en 2 de Marzo.

Don Manuel Lopez Sagredo, magistrado que fue en las Audiencias de Canarias, Cáceres, Albacete, Granada y Sevilla. Murió en esta última poblacion.

Don Santiago Fernandez Negrete, ministro que fue de Fomento y Gracia y Justicia.

Don Ramon Adzerias y Piquer, auditor honorario de Marina, comendador de la órden de Cárlos III y abogado. Muerto en Barcelona en 6 de Marzo.

Don José de la Portilla y Gutierrez, presidente de Sala del Tribunal supremo de Justicia, muerto en 27 de Marzo.

Don Demetrio Astudillo y Casado, jefe de Administracion civil y caballero de la órden de Cárlos III. Murió en 28 de Marzo.

LOS LIBROS NUEVOS.

LA GUERRA Y LA HUMANIDAD.

La Guerre et l'Humanité au XIX siecle par Leonce de Cazenove.—Paris.—A. de Uresse libr. editeur.

Todo el que está al corriente de las ideas generosas que el espíritu práctico del siglo XIX va desprendiendo de las teorías especulativas para mejorar la condicion humana, conoce á la *Sociedad internacional de Socorro á los Heridos*.

Nació de la iniciativa perseverante y fecunda de un particular: su idea era de una filantropía casi utópica: socorrer directa é inmediatamente, con voluntarios de la clase civil, á los heridos que quedan en el campo de batalla sin distincion de nacionalidades; esta idea vislumbrada, á veces, abandonada siempre por ilustres capitanes en épocas diversas, se ha realizado de hecho y de derecho en nuestros dias con aplauso de todos los amigos de la humanidad.

Hubo un libro, escrito con emocion y entusiasmo por una mujer cuyo nombre es ya célebre, que pintó con vivos colores las infamias, los horrores, y las vergüenzas de la *esclavitud*. *La Cabaña del tio Tom* fue el oriflama visible para todos, que millares de manos generosas levantaron por encima de los intereses y de las pasiones de los propietarios de esclavos, y pronto la esclavitud dejó de ser en la patria de Washington.

Tambien la obra de *Socorro á los Heridos* tiene por base un libro: *El recuerdo de Solferino* ha dado la vuelta á Europa y cada pueblo le ha leido en su lengua: Henry Dunant lo escribió bajo la impresion profunda de las lamentables miserias de que fue testigo: enfermero voluntario en aquellos hospitales de sangre establecidos en las iglesias, en las calles, en cobertizos improvisados donde se hacinaban de priesa y casi sin auxilio, los infelices que habian caido bajo la metralla, refirió lo que allí habia visto, y todos esos horrores y esos dolores tan elocuentemente retratados en su libro, produjeron una emocion universal, y un inmenso clamor de conmiseracion se alzó por todas partes en favor de las víctimas de la guerra.

Las condiciones del combate han cambiado por completo: los recursos sanitarios de los ejércitos suficientes cuando solo algunos centenares de heridos quedaban sobre el campo, no alcanzan hoy para millares y millares: algo han perfeccionado y aumentado los gobiernos sus cuerpos sanitarios, pero tambien han conocido que todavía necesitan para sus heridos, los auxilios de la caridad privada: así que cuando merced á las gestiones del autor del *Recuerdo de Solferino*, se convocó en Ginebra una conferencia diplomática, casi todos los Estados de Europa enviaron sus representantes, y hoy el Convenio de Ginebra ha sido ratificado por todos los gobiernos del continente sin escepcion alguna.

Este humanitario convenio pone de hoy mas bajo el amparo de la neutralidad á los heridos y enfermos de los ejércitos en campaña, á los cuerpos sanitarios oficiales, á los hospitalarios voluntarios y á los habitantes del teatro de la guerra que dieron auxilios á los heridos.

Quien quisiere conocer el texto de este tratado memorable y cuanto se refiere á los orígenes, progreso y desarrollo de la grande obra de Socorro á los Heridos, no tiene mas que hojear el magnífico libro que analizamos: *La Guerre et l'Humanité au XIX siecle*: allí encontrará un resúmen completo del sucesivo desarrollo que ha logrado la idea humanitaria y caritativa que sirvió de base al convenio internacional; verá como este tratado sin ejemplo en la historia, ha ido conquistando la adhesion de todos los gobiernos; hallará un cuadro exacto, fiel y concienzudo de los resultados obtenidos sin disimular los obstáculos con que ha habido que luchar; y podrá compulsar en estracto unas veces, *in integrum* otras, todos los documentos diplomáticos referentes á esta obra y á la organizacion de los comités en todos los paises.

Divídese la obra en cuatro partes: la *histórica* hasta su consagracion en el derecho de gentes: su *realizacion práctica* en las guerras recientes de América y de Alemania: su *organizacion en Francia*, y por fin su *universalidad*. Está última parte constituye por sí sola un trabajo tan interesante como instructivo para el cual ha necesitado el autor rodearse de una copia inmensa de datos y sostener una vasta correspondencia, pues forma la historia particular de esta Institucion caritativa en cada uno de los paises civilizados. Lo concerniente á España está tratado con bastante estension y mucha exactitud.

Los capítulos IV y V referentes á la guerra de 1866 entre Austria y Prusia, dan la prueba mas palmaria de la utilidad

de esta Institucion y de la posibilidad de realizar por completo sus miras. En Prusia se formaron bajo el patrocinio de la reina, 150 comités que recolectaron donativos en metálico y en especie por valor de ocho millones de francos. Las Hermanas de la Caridad católicas, las Diaconisas protestantes, los caballeros de San Juan, los frailes de San Alejo, los médicos civiles, los estudiantes, los habitantes del teatro de la guerra, todos formaban una legion de hospitalarios voluntarios, que bajo la égida del brazal blanco con cruz roja, daban á la asistencia sanitaria oficial un refuerzo considerable y precioso, cuidando de los heridos, recibiendo á los transeuntes, disminuyendo las penalidades de todos sin distincion de gerarquía, nacion, ni culto, sostenidos en tan penosa tarea por el noble y santo amor de la humanidad.

En fin, el nuevo libro del señor de Caze ove, del infatigable fundador del comité de Lyon, es el cuadro mas completo de la Sociedad internacional de Socorro á los heridos, que contribuirá á darla mayor popularidad todavía. Instruido, prendado, á veces conmovido, el lector apreciará esas páginas dictadas por un amor ferviente á la humanidad, y los levantados sentimientos que allí se espresan en las mas correctas formas literarias, despertarán la mas viva simpatía en cuantos tengan en las filas un hijo, un pariente ó un amigo, en cuantos comprendan los horrores de la guerra y la necesidad de atenuarlos, mientras no sea dado estinguirlos.

RENATO DE C.



LA CABEZA PARLANTE.—Apariencia.


LA CABEZA PARLANTE.—Realidad.

LA CABEZA PARLANTE.

Hace poco tiempo que se anunció en Madrid, y despues en algunas capitales de provincia, la exhibicion de la cabeza de un decapitado que daba muestras de perfecta vitalidad no obstante que á los ojos del público aparecia de una manera indudable separada del tronco.

Si en aquel tiempo hubiese publicado ya el doctor Pinel sus observaciones científicas acerca del estado de lucidez en que permanece por algunas horas una cabeza despues de haber sido separada del tronco, hubieran hallado la comprobacion de sus doctrinas aquellas personas de buena fe que acudieron á escuchar las fatídicas y tenebrosas historias que referia aquella cabeza privilegiada, que conversaba tranquilamente con los curiosos espectadores.

Hé aquí una descripcion de aquel espectáculo pavoroso y estraordinario.

En una pequeña sala cuyas paredes representaban muros de piedra, ennegrecidos por el tiempo é iluminados por la ténue claridad de una lámpara, veíase una mesa triangular sostenida por tres pies, sobre la que en un plato de metal veíase una cabeza pálida y demacrada. Debajo de la mesa habia paja manchada de sangre y entre los pies de la misma se veia el muro del fondo.

El espectáculo no dejaba de ser imponente y mucho más cuando se observaban aquellos ojos que se movian á derecha é izquierda, aquellos labios que pronunciaban algunas palabras y el movimiento giratorio del cuello que alguna vez se advertia, y daba qué pensar á los maliciosos.

La primera lámina de la cabeza parlante que ofrecemos á nuestros abonados, da una completa idea del cuadro que se presentaba á la vista de los espectadores.

Si despues, alguno de estos, preguntaba algo á la cabeza parlante, esta contestaba discretamente, aunque incurriendo de vez en cuando en pequeños descuidos que Sancho Panza no hubiera dejado pasar sin alguna de sus intencionadas y oportunas observaciones.

Seguramente en aquella exhibicion habia engaño y aunque quitemos la ilusion á los crédulos, vamos á descubrir el misterio esplicando la realidad del espectáculo despues de habernos ocupado de su apariencia.

Esta apariencia se produce con la ayuda de dos espejos perfectamente ajustados entre los pies de la mesa y que perpendiculares al suelo forma su prolongacion con las paredes por derecha é izquierda un ángulo de cuarenta y cinco grados. La paja esparcida por el suelo se refleja en estos espejos, así como los muros que están á una distancia de la mesa precisamente igual á la que separa á esta del muro del fondo de tal manera que las imágenes de los muros de derecha é izquierda se confunden con la del fondo, y parece que debajo de la mesa no hay ningun obstáculo. La apariencia se halla representada en dicha lámina, siendo la paja que se advierte debajo de la mesa la imágen de la que se halla esparcida á su alrededor, y al lado de las paredes laterales.

Naturalmente el espectador no debe aproximarse demasiado á la mesa, con este objeto se coloca una valla á dos metros de ella, á cuya distancia la ilusion es completa. Ahora bien, el héroe de este espectáculo se halla colocado detrás de los cristales en la forma que representa la segunda lámina, que deja ver su posicion y de pues de explicado el misterio no es necesario añadir que la pintura de su rostro completa el cuadro terrorífico y le reviste de su imponente apariencia.

Varios han sido los *quid pro quos* á que ha dado lugar la exhibicion de la cabeza parlante en las muchas ciudades y pueblos donde tan extraño espectáculo se ofreció al público.

Cuéntase de un indiscreto y malicioso espectador que para salir de sus sospechas tuvo la ocurrencia de arrojar una piedra á los pies de la mesa. Seguramente el protagonista de la tramoya no recibió lesion alguna, pero los espejos cayeron hechos pedazos. El secreto del milagro, quedó descubierto, pero al espectador le costó algo cara su curiosidad.

Otro lance más gracioso ocurrió en una pequeña ciudad, descubriendo tambien el misterio con gran risa de los que se hallaban presentes.

Un gracioso que sabia ó sospechaba el secreto del espectáculo, en una ocasion en que varias personas se entretenian en hacer varias preguntas á la cabeza parlante, tuvo la ocurrencia de entrar en la sala gritando: ¡fuego! ¡fuego!... Entonces el público vió con admiracion que la cabeza se elevó de repente, así como la mesa, y que unas piernas humanas dejándose ver por debajo de esta, huian precipitadamente llevándose todo aquel aparato y descubriendo la verdadera causa del fenómeno maravilloso ante aquella concurrencia, que por cierto sentia una emocion que no estaba anunciada en los carteles. Tal es el espectáculo que no ha mucho ha cautivado la atencion en las principales ciudades de España.

M. P.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚM. 4.°

BLANCOS.	NEGROS.
1.° T 2.° C R.	1.° C 2.° A R (A B)
2.° T 4.° C R jaque.	2.° T 5.° A R.
3.° T toma P T.	3.° cualquier jugada.
4.° jaque mate.	4.° . . . .

(A)

1.°	1.° T 5.° A R.
2.° A toma D jaque.	2.° R toma A R.
3.° D 8.° T D.	3.° R toma A D.
4.° C 6.° jaque mate.	4.° . . . .

(B)

1.°	1.° T 8.° T D ó 8.° C R.
2.° C 5.° C R jaque.	2.° R juega.
3.° D toma T jaque	3.° C 4.° A R.
4.° D toma C jaque mate.	4.° . . . .

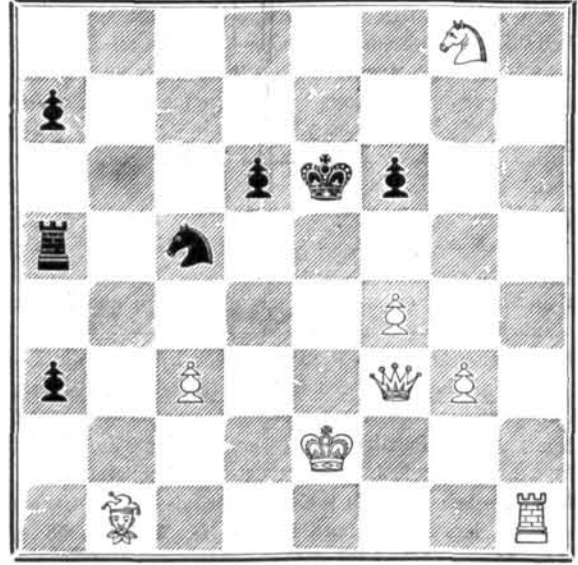
SOLUCION DEL PROBLEMA NÚM. 5.°

1.° D toma P 4.° A R.	1.° A toma D (mejor)
2.° A 5.° R jaque.	2.° R toma A.
3.° C 7.° A R jaque.	3.° R 3.° R.
4.° R 4.° D jaque mate.	4.° . . . .

AJEDREZ.

PROBLEMA, NÚM. 6

NEGROS.



BLANCOS.

Los blancos dan jaque mate en tres jugadas.

ADVERTENCIA.

Llamamos la atencion de nuestros ilustrados suscritores sobre la magnífica lámina que publicamos en el centro de este número, pues es una obra tan notable, que no hallamos palabras para hacer de ella todo el encomio que merece.

Solo sí diremos que hace muchos años no se publica en España un dibujo y grabado tan notables, por lo que deben hallarse sumamente satisfechos sus autores, los acreditados artistas Mendez y Severini.

Aprovechamos esta ocasion para advertir que aun cuando la citada lámina se halla en el centro, no por esto debe sufrir deterioro en la encuadernacion, pues basta para evitarlo que las dos hojas que ocupa, sean colocadas por el encuadernador de la misma manera que los mapas en los atlas geográficos, ó sean adheridas á una escativana.

MADRID:
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG
CALLE DEL TUTOR, 15.